

Del Monte Líbano al Citlaltépetl. Relatos integrados de una libanesa en México

Quiroz Hernández, María Guadalupe

2020

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5101>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Universidad Iberoamericana Puebla

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto

Presidencial del 3 de abril de 1981



*Del Monte Líbano al Citlaltépetl:
Relatos integrados de una libanesa en México*

PROYECTO DE TITULACIÓN

Que para obtener el grado de

MAESTRÍA EN LITERATURA APLICADA

Presenta

María Guadalupe Quiroz Hernández

Director de la tesis:

Dr. José A. Sánchez Carbó

San Andrés Cholula, Puebla, 2020

Índice

Resumen	4
Introducción	6
Bibliografía	18
 <i>Del Monte Líbano al Citlaltépetl</i>	
Regreso	24
Líbano	26
Veranos de oro	30
Romperse	34
Líbano II	37
Crecer	39
Dos días	44
Grecia	47
Paréntesis	51
Burbujas	54
El canto de las sirenas	57
El pacto	60
Antoine	62
Lyon	65
Cedros y pinos	67
Cordobesa / Anaversa	69
Ana	77
La fundación	83

Citlaltépetl	90
Veracruz	94
Moho	95
La llamada	99
Esposa de y mamá de	103
La luz y la sombra	105
Una amiga más	109
Epílogo/ Relevancia profesionalizante	111

Resumen

En esta serie de relatos integrados se narran episodios en la historia de una mujer libanesa radicada en México desde hace más de 30 años. El hilo conductor que los hilvana es Tina, personaje que sintetiza la vida de muchas mujeres migrantes y su adaptación al país en el que viven.

Las migraciones por violencia debido a guerras o por decisión propia, llevan a Tina a replantearse su identidad, a estar en un permanente cruce de caminos, de idiomas y de culturas.

En búsqueda de una paz exterior utópica, Tina descubre que el trabajo con la comunidad, con los menos favorecidos, es lo que le da sentido y la lleva a encontrar el lugar anhelado.

En esta época en que las migraciones son frecuentes, dar a conocer historias como la de Tina, permite entender que aunque el cambio sea una constante, la migración nutre a las sociedades y que sólo trabajando en unidad ahí donde estemos, nos hará crecer como humanidad.

La colección de relatos integrados, término propuesto por José Sánchez Carbó, es una modalidad narrativa en la que textos fragmentados, constituyen parte de un todo. El término relato abarca cuentos, microrrelatos, textos-fragmentos. Integrados se refiere a la constitución de un todo por partes o fragmentos y colección insinúa un orden, una estructura. Esta modalidad narrativa me permitió dar a conocer una vida que podría ser ordinaria y similar a la de cualquier persona. En mi opinión, narrar las pequeñas historias nos hará tomar consciencia de una realidad más amplia y compleja.

Migrar es fragmentarse. Reinventarse. Dar la oportunidad para aprender y abrirnos a otras formas de ver al mundo, crecer nuestra capacidad de ser humanos, aún a costa de lo que nos rodea. La historia de Tina es una más entre millones, pero cada unidad es igual de valiosa que el todo. Tal como una colección de relatos integrados, todos formamos parte de un todo, y cada historia que lo integra merece ser contada.

Introducción

Mi interés por escribir esta serie de relatos integrados nació por la curiosidad que desde pequeña me causaban mundos lejanos y culturas distintas. Personas con las que conviví en lo cotidiano de mi vida escolar o en la laboral de mi padre, cuyas historias de vida expandían el horizonte de una niña.

Mi mundo escolar lo componían profesoras y profesores de nacionalidad alemana, a los que asombraba el azul del cielo poblano y la bondad del clima, incluso en invierno. Muchos de ellos habían vivido la Segunda Guerra Mundial desde diversas trincheras: como combatientes, como niños, como exiliados. En nuestro país encontraban una paz y alegría que igual los animaba como los exasperaba. Si tenían que dejar México porque su contrato terminaba, sufrían al decir adiós, o mejor, Aufwiedersehen: hasta que nos volvamos a encontrar.

Mi mundo familiar estaba ligado al de inmigrantes libaneses. Mi papá trabajó por muchos años con las familias que llegaron a principios de siglo veinte a fundar fábricas textiles en Puebla. Por la convivencia con la comunidad libanesa, no podíamos mantenernos ajenos a costumbres, comidas, palabras que se integraban y se mezclaban con las costumbres mexicanas. Lecturas de países lejanos con palabras que hechizaban y despertaban la

imaginación como *Las mil y una noches* o los *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving. Como menciona Edward Said, en *Orientalismo* “La idea de una historia, una tradición de pensamiento, unas imágenes y un vocabulario que le han dado al Oriente, una realidad y una presencia en y para Occidente. Las dos entidades geográficas, pues, se apoyan y hasta cierto punto se reflejan la una en la otra” (24). Un asomo al Oriente visto con los ojos de Occidente. Ninguna mirada es inocente, y las relaciones de poder que existían entre países occidentales como Gran Bretaña y Francia, por querer dominar el lado oriental del Mediterráneo, por darle una forma a eso que no entendían y que asumían como salvaje e indómito, pero tan seductor que fue territorio disputado por ingleses y franceses, y también por Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.

Extrañar, arrancar, soltar, dejar, pero también encajar, aprender, adaptar, son palabras comunes a cualquier migrante, de cualquier nacionalidad, en cualquier forma de migración, voluntaria o no, por el motivo que sea. Palabras que repicaron en mí al momento de optar por escribir en un principio la biografía de una inmigrante libanesa a nuestro país, cómo fue su adaptación y lo que la arraiga a su patria adoptiva. Historias que tienen como coincidencia la migración por una guerra o por violencias que cambian el panorama de lo conocido de un momento a otro.

En *El arte de la biografía*, François Dosse explica que “poco importa que el personaje sea grande o pequeño, pobre o rico, inteligente o mediocre, probo o criminal, puesto que cada individuo sólo vale por aquello que lo hace singular” (27). La vida de mi pretendida biografiada está compuesta de experiencias que merecerían ser contadas, si ella se decidía a hacerlo. Entre biografiado y biógrafo se establece un pacto, y si este pacto se cancela por decisión del protagonista de la historia, no hay más que hacer, sobre todo porque esa historia

de vida dependía del testimonio. John Worthen, en *The Necessary Ignorance of a Biographer*, dice que el biógrafo debe ser ignorante, necesariamente ignorante, obligado a construir algo de la nada (241). Pero las lagunas y huecos de documentación que mencionan Dosse y Worthen, que inevitablemente hay que rellenar al escribir una biografía, en mi caso, sin el testimonio se convertirían en océanos sin sentido si se tratara de la vida de una persona.

Por lo tanto, la biografía se convirtió en una serie de relatos integrados, en historias ficticias que tienen como hilo conductor la historia de Tina, pero que también está inspirada por las historias de otras migrantes. Tina se convirtió en la síntesis de distintas mujeres. Relatos que representan varias experiencias, pero tan singulares como la vida de cada persona. Los acontecimientos históricos ocupan los espacios noticiosos o los periódicos con grandes crónicas de los hechos que con el paso del tiempo formarán parte de la Historia. Pero las historias cotidianas, las de la gente común, se disuelven en un mar infinito.

Carlo Ginzburg, en *El queso y los gusanos* (1976), considera que ya no es válido consignar únicamente las “gestas de los reyes” (4). La historia la componen también aquellos de los que no se hablaba nunca, personas tan reales como campesinos, en el mencionado libro, o mujeres, como en el caso de Tina. Ginzburg inicia su relato con un epígrafe que pareciera pone el foco en estas historias “Tout ce qui est intéressant se pass dans l’ombre. On ne sait rien de la véritable. Céline”. Todo lo que es interesante, pasa en las sombras. Uno no sabe nada de la historia real de los hombres. Las microhistorias son esas pequeñas piezas de un rompecabezas, sin las cuales no tiene explicación la Gran Historia en su plenitud, y a las que vale la pena poner luz para entender el devenir de los hechos históricos, pero también para entendernos a nosotros mismos.

¿Cómo contar esta historia, que puede ser la de miles, sin faltar a los acontecimientos históricos en la que se desarrolla?

Quizá el pudor se impuso, y sin la autorización para hablar de la vida de alguien, vivo y real, Tina ese convirtió en personaje de una historia ficticia, con los mismos antecedentes con los que se empezó el proyecto de tesis. Como personaje literario, se construyó con historias de otras mujeres en circunstancias similares, en diversos relatos que dan cuenta de ello.

La historia de ficción de Tina transcurre en las tres últimas décadas del siglo XX y las dos primeras del siglo XXI: el Líbano en tiempos de la guerra civil en los años 70, detonante de la primera migración en la historia de la protagonista; los años 80 en una Europa dividida en dos bloques por la Guerra Fría; y la llegada a las Altas Montañas de Veracruz en el México de los años 90, en el que llega a vivir alrededor de la pequeña ciudad de Córdoba, tranquila y tradicional, hasta transformarse en un entorno amenazante con extorsiones, asaltos o secuestros cotidianos que obligan a cuestionarse la permanencia o no en esta ciudad, o incluso en nuestro país.

Es inevitable hablar de mi propia experiencia como habitante de las Altas Montañas de Veracruz. De modo que mi punto de vista será el de una observadora de acontecimientos que suceden en estas montañas en el acontecer cotidiano, cuyos protagonistas buscan, desde su posición, brindar alternativas a la comunidad para construir un futuro distinto.

Mi proyecto de creación literaria consta de una serie de relatos ficticios, no episódicos, de etapas significativas en la vida de una mujer libanesa; la migración desde

temprana edad y las distintas violencias que acompañan este proceso, así como el modo de enfrentarlas.

En el artículo “Textos mutantes: el itinerario genérico de las colecciones de relatos integrados”, José Sánchez Carbó menciona que hay textos que por “la forma, la temática o la hibridación, fluctúan en zonas limítrofes” (1). Los relatos que integran la historia de la protagonista no son novela, no son biografía, aunque estén fundamentados en hechos reales. Son una colección de relatos integrados ya que forman un conjunto de historias, cuyo eje unificador serían la protagonista, así como los temas de migración, desarraigo, violencia, pertenencia y comunidad.

Tanto para la crítica literaria como incluso para el mercado editorial, los relatos integrados son difíciles de clasificar. Mencionados unas veces como novela, conjunto seriado de cuentos unificados, capítulos, secuencia cuentística, relación de sucesos o noveletas, los relatos integrados rompen, cruzan o retan límites genológicos. Abren la posibilidad de narrar un tema, un punto de cohesión que los enmarque sin el rigor de encasillarse en un solo género. Sánchez Carbó dice del género que “es una obra abierta, capaz de integrar lo diverso a través de un equilibrio de fuerzas que tienden a integrar y desintegrar los textos” (“Textos” 9).

Sánchez Carbó opta por la denominación “colección de relatos integrados”, ya que el sustantivo “colección” sugiere un conjunto ordenado de elementos, y el término “integrados” se refiere a la constitución de un todo por partes. El término “relato” da la opción a textos autosuficientes, que igual pueden ser leídos en forma individual o como parte de un todo coherente (*Teoría* 45-46).

Desde esta perspectiva, el eje de los relatos es la vida de Tina y la migración por la violencia. María Dolores París Pombo, en el libro *Violencias y migraciones centroamericanas en México*, señala que “la violencia a la que se enfrentan no sólo es un factor de expulsión, sino que acompaña todo el proceso migratorio” (16). Esta situación no es exclusiva de las migraciones centroamericanas a nuestro país. Es una premisa que acompaña a las migraciones en cualquier país. La escritora Azahara Palomeque menciona en una entrevista que una migración entraña múltiples desprendimientos. Recalco que no es que sean situaciones similares, pero todo proceso de migración enfrenta una dosis de discriminación o de algún otro tipo de violencia.

Migrar descoloca, desubica certezas, confunde, altera realidades, abre posibilidades, nuevos horizontes. Las más de las veces la decisión de migrar se toma debido a un contexto violento: guerra, pobreza, acosos distintos que obligan a partir. Según la ONU, el número internacional de migrantes asciende a doscientos setenta y dos millones de personas. En el año 2019 el número de migrantes internacionales ha crecido a una tasa mayor que la población mundial (Nero, párr. 1). Doscientos setenta y dos millones de historias que podrían ser contadas, millones de historias que pasarán desapercibidas y que formarán parte de la Historia como un tema en general.

El siglo XX ha sido llamado el “siglo de las migraciones”. Blanca Sánchez Alonso señala que entre finales del siglo XIX y principios del XX, cerca de 60 millones de europeos emigraron, principalmente a Estados Unidos, en busca de nuevas oportunidades. En esos tiempos no existían los rígidos controles que exigen las actuales fronteras, y si bien la migración no se detiene, ni se detendrá, hasta el momento no se han repetido esas cifras en el siglo XXI.

El Medio Oriente es una región que por siglos ha tenido un gran movimiento de personas. Además de comerciantes legendarios, las guerras han obligado a que este tránsito no cese hasta la actualidad. Aun así, el arraigo de su gente a sus tradiciones, creencias, idioma o comida no desaparece ni migrando al otro lado del mundo.

A la caída del Imperio Bizantino por los turcos, surge el Imperio Otomano. Formado por territorios de diferentes etnias y religiones, alcanzó su máximo esplendor en los siglos XVI y XVII. Dominó el sureste europeo, el Medio Oriente y el norte de África hasta el siglo XIX. A principios del XX, diversos territorios buscaron su independencia, lo que llevó a enfrentamientos y guerras que obligaron a muchos a buscar refugio en otros países, incluso en otros continentes. Desde finales del siglo XIX, el Líbano se encontraba bajo un musarrifato, es decir, bajo una autoridad administrativa gobernada por un representante del Imperio Otomano, pero supervisada por diferentes países europeos, entre los que se encontraban Francia, Gran Bretaña y Rusia. En 1914, Turquía entra a la Primera Guerra Mundial, y como parte de su estrategia, invade Líbano, cancelando el Consejo Administrativo e instaurando un régimen de terror. Según León Rodríguez Zahar, en *Líbano, espejo del Medio Oriente. Comunidad, confesión y estado siglos VII-XXI* (2004): “Para 1916, la hambruna, las plagas de langosta y epidemias diversas, causaron la muerte de unas 100,000 personas de una población total de 450,000” (152). Zahar también da cuenta de los intereses de Gran Bretaña porque se constituyera un estado panárabe, con un jefe hashemita como soberano. Mientras que Francia apoyaba a los cristianos libaneses en la constitución de un estado independiente. En 1920 se constituye el Gran Líbano, bajo mandato francés, y es hasta 1943 que el Líbano logra su independencia. En El Líbano, confluyen, además de múltiples religiones, cuando menos tres idiomas: el árabe es el oficial, pero la mayoría de sus habitantes

hablan francés e inglés. Un país multicultural, multilingüe y con múltiples conflictos a lo largo de su historia.

Las condiciones en las que vivían los campesinos, principalmente, fueron la causa de que buscaran otros horizontes en la primera mitad del siglo XX. Para la gran mayoría, México no era su destino principal; Estados Unidos era la “tierra dorada”. Al no conseguirlo, aprovecharon las oportunidades que ofrecía el Porfiriato, con su política de acoger a “inmigrantes industriales”, como los llama Angelina Alonso Palacios en el libro *Los libaneses y la industria textil en Puebla*. El Puerto de Veracruz recibió a ese primer libanés que se encargó de tejer una red de relaciones para que los que fueran arribando encontrarán acomodo con otros parientes o personas de su mismo pueblo. Esta red a la fecha funciona, lo que hace a la comunidad libanesa en nuestro país una de las más unidas, ya que por medio de asociaciones y clubes dedicadas a difundir la riqueza cultural del Líbano y reforzar sus lazos, mantienen vivo el interés por su país de origen, además de lograr una integración exitosa a México (Inclán 67).

Los libaneses trajeron con ellos un trozo de su país, procurando preservar sus costumbres al máximo. Esas primeras generaciones se constituyeron como un grupo endogámico, es decir, los matrimonios se celebraban entre ellos. No existían en un principio los matrimonios mixtos, estos eran “mal vistos” tanto del lado mexicano como del lado libanés, pero al ser una comunidad cerrada, al menos en un principio se lograban cimentar los lazos de familia. Escritores como Carlos Martínez Assad, de padre mexicano y madre de origen libanés, han dejado constancia de su apego por sus ancestros maternos. En el libro *Memoria de Líbano* (2003), hace un homenaje a su madre, recorriendo los lugares que, gracias a ella, desde pequeño tenía presentes en su identidad.

El comercio fue el territorio en donde pudieron desarrollar, una vez más, sus habilidades comerciales. Durante el Porfiriato vendían mercancías en comunidades remotas, viajando en ferrocarril, siguiendo rutas con un sistema de ventas a plazos que hasta entonces no estaba instaurado. En la Revolución, su clientela la formaron el ejército y la soldadesca, y al no cambiar ellos su forma de vida en esa primera generación, fueron ahorrando y comprando casas, terrenos, empresas, hasta hacer algunos de ellos grandes fortunas en nuestro país, especialmente en el sector textil (Petit, Arellano y Bolívar 21).

La mayoría de los libaneses que se instalaron en nuestro país pertenecían a la Iglesia Maronita en canónica comunión con la Iglesia Católica Romana, cuya “segundo Papa” es el patriarca de Antioquía y de todo el Este. Este vínculo religioso ayudó a que se integraran a la sociedad mexicana, a pesar del rechazo inicial. San Charbel fue el santo que los acompañó durante su travesía y lo sigue haciendo aún en estos tiempos. El Santo es un inmigrante más en México, un maronita que se ha hecho merecedor de un ritual creado en México y que ya se lleva a cabo en otros países. Los creyentes escriben una petición sobre un listón de color que colocan alrededor de la imagen: azul, dorado, rosa, verde. Cada color responde a un ruego, cada color con un significado, esperando que se cumpla el milagro solicitado en los mismos.

En la década de 1940, la nostalgia hizo que algunos volvieran al país de los cedros. Los que se quedaron se fueron integrando a la cultura mexicana. Aunque los matrimonios mixtos ahora son frecuentes, todavía persisten muchos rasgos de su país de origen.

Los libaneses que regresaron a su país en esos años, encontraron a un Líbano dividido y disputado por las múltiples facciones religiosas. El país estaba bajo el mandato francés, y aunque obtuvo su independencia en 1943, los franceses se retiraron del país hasta 1946. León

Rodríguez Zahar en *Líbano, espejo del Medio Oriente. Comunidad, confesión y estado siglos VII-XXI* (2004), menciona que:

Beirut es un microcosmos del Líbano comunitario confesional con sus barrios yuxtapuestos pero sectarios: barrio armenio, zona cristiana maronita, zona ortodoxa, zona sunita, drusa y shiita. Esta división se acentuó desde luego durante la guerra pero ya un estudio de 1970 indicaba que 68% de los armenios estaba concentrado en un solo barrio, 79 % de los sunitas en otro, 74 % de los maronitas en Beirut este mientras los shiitas se concentraban en el sur de la ciudad formando cinturones de miseria. (196)

Por lo que el equilibrio es frágil y desde siempre ha representado un campo minado en el que cualquier paso en falso detona una explosión. A pesar de que los libaneses dicen que la Guerra Civil de 1975 la iniciaron otros y no los residentes, estas divisiones, aunadas a la intervención internacional, detonaron en gran parte el conflicto.

La Guerra Civil transcurre entre los años 1975 y 1989, cuando se firman los acuerdos de Taif y se pone fin al conflicto. En palabras de Poder Arroyo Medina, “un periodo de quince años en los que la guerra evoluciona y con ella la sociedad que la alberga, la alimenta y la padece” (163).

En un conflicto hay por lo menos dos facciones, pero en el Líbano se multiplican y cada una de ellas aduce razones diversas. Las lecturas de libros como *La cueva del sol* de Elias Khoury (2009), que narra el lado palestino del conflicto, o *El contador de historias* de Rabih Alameddine (2008), relatando el punto de vista libanés, o películas como *Beirut*, del

director Brad Anderson (2018), muestran que no hay un punto de vista único, ni una verdad contundente.

Tina, como millones de personas, escapó en la adolescencia de una guerra civil en el Líbano para hoy enfrentar otro tipo de violencia en nuestro país. Una violencia en la que no se sabe ni quién, ni dónde, ni cuándo, ni a lo que te enfrentas, y que a los habitantes de las Altas Montañas de Veracruz no deja indiferentes ni inmunes y sí obligados a tomar decisiones ante la amenaza a la tranquilidad de la vida cotidiana.

La violencia en Veracruz que empezó a escalar en los años noventa y se recrudeció durante el sexenio de Felipe Calderón con su guerra declarada al narcotráfico, coincidiendo en tiempo con la gubernatura de Fidel Herrera Beltrán, seguido por Javier Duarte de Ochoa, no cesa. Según Celia del Palacio Montiel, es el Estado en donde más periodistas son asesinados o desaparecidos. Varios medios locales, como periódicos o radio, han decidido no difundir estos hechos de violencia, ya que pueden sufrir represalias por hacerlo. Los secuestros, asaltos en carreteras o enfrentamientos entre criminales, se conocen por medio de redes sociales. Los rumores son inevitables, pero la realidad ha obligado a emigrar a familias enteras a cuestionarse su permanencia en este estado de la República Mexicana.

México, como el Líbano, es un país multicultural. Es un país de migración y mestizaje. Por su extensión, en México caben casi doscientos Líbanos. La ubicación geográfica de nuestro país, lo convierte en territorio de tránsito hacia los Estados Unidos, ansiado El Dorado para muchos mexicanos y centroamericanos también. Sus litorales le permiten ser puerta tanto a oriente como a occidente, y el intercambio entre países no ha sido simplemente comercial. Sin problemas religiosos, pero sí con grandes contrastes sociales y económicos, nuestro país es una amalgama. Las fronteras norte y sur son territorios con su

peculiaridades y reglas propias. Thomas Nail en *Theory of the Borders*, dice que la frontera es un territorio infinito, un proceso de división sin fin, con su propio ecosistema, con sus propias reglas y hasta su propio misticismo. La frontera es un territorio entre territorios, está siempre en movimiento, por lo que las reglas cambian constantemente y el sentido de adaptación apremia, como sucede en el Líbano también.

Los límites se confunden, se traslapan. La historia de Tina, con su origen en el Monte Líbano hasta su llegada al Citlaltépetl, pretende dar constancia de una vida, quizá como muchas, de lo que sucede en tiempos actuales en las Altas Montañas de nuestro país.

Las historias que repicaban en mi infancia se vuelven palabras escritas y recuperan esos fragmentos de memoria en forma de Tina, agradeciendo la cercanía con esos otros mundos, agradeciendo la oportunidad de poder abrir una ventana a estas historias, microhistorias según Ginzburg, y mostrarlas sin mayor afán que el de poner un rayo de luz en ellas.

Bibliografía

Aguilar Zéleny, Sylvia. El libro de Aisha. Madrid: #EnjambreLiterario, 2018. E-book.

Alameddine, Rabih. El contador de historias. Ciudad de México: Random House Mondadori, 2008. Impreso.

Alexiévich, Svetlana. *Los muchachos de zinc*. Barcelona: Penguin Random House, 2016. Impreso.

Alonso Palacios, Angelina. Citada en “Migración libanesa en México, pasado y presente”. *Saberes y Ciencias*. 6 abr 2013. Web. saberesyciencias.com.mx

Agencia EFE. “Anaversa, el holocausto silencioso por plaguicidas en México”. 7 de julio 2018. Web. www.efe.com

Arroyo Medina, Poder. “Tiempo, historia y violencia social: el caso del Líbano”. Tesis. Universidad Complutense de Madrid, 16 ene. 2008. eprints.ucm.es

Beirut. Dir. Brad Anderson. Act. Jon Hamm, Rosamund Pike. Bleecker Street. 2018. Fílmico.

Celis, Lea. “Análisis determinará si es posible utilizar el terreno de Anaversa”. *El Sol de Córdoba*. 3 de mayo de 2019. Web. www.elsoldecordoba.com.mx

Dosse, François. *El arte de la biografía*. México: Universidad Iberoamericana, 2007.

Emmelhainz, Irmgard. *El cielo está incompleto. Cuaderno de viaje en Palestina*. Ciudad de México: Penguin Random House, 2017. Impreso.

Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik Editores. 1999.

Guízar, Pepe. *Cordobesa*. www.youtube.com

Inclán, Rebeca. “Inmigración libanesa en México, un caso de diversidad cultural”. Revista Historias. Web. estudioshistoricos.inah.gob.mx

Jablonka, Ivan. *La historia es una literatura contemporánea: manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016. Impreso.

Khoury, Elias. *La cueva del sol*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2009. Impreso.

Luiselli, Valeria. *Los niños perdidos (Un ensayo en cuarenta preguntas)*. Ciudad de México: Sexto Piso, 2016. Impreso

Martínez Assad, Carlos. *Memoria de Líbano*. Ciudad de México: Editorial Océano de México, 2014. E-book.

Martínez Assad, Carlos. “1945: Relaciones México-Líbano y los inmigrantes libaneses”. *Confabulario*. Web. Julio 11. confabulario.eluniversal.com.mx

Nail Thomas. *Theory of the Border*, New York: Oxford University Press, New York, 2016. Impreso.

Nero, Amanda. “La cifra de migrantes internacionales crece más rápido que la población mundial”. *Noticias ONU*. Organización de las Naciones Unidas. Web. 17 de septiembre de 2019 news.un.org/es

Palomeque, A. Hablemos escritoras (Audio en podcast). 4 de abril de 2020. Web.

www.hablemosescritoras.com

París Pombo, María Dolores. *Violencias y migraciones centroamericanas en México*, Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, 2017. Impreso

Petit, Lorenza, Florcita Janeth Arellano y Vicente Bolívar Guzmán. “En busca de las huellas árabes en México. La inmigración árabe en los siglos XIX y XX”. *Uisrael Revista Científica*. Mayo-agosto 2019:9-24. Web. www.academia.edu

Rodríguez Cruz, Salvador. “El caso Anaversa”. Tesis. Escuela de Periodismo Carlos Septién García, 2019. PDF

Rodríguez Zahar, León. *Líbano, espejo del Medio Oriente. Comunidad, confesión y estado siglos VII-XXI*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2004. Impreso

Said, Edward W. *Orientalismo*. México, D.F.: Penguin Random House, 2016. Impreso.

Salum, Rose Mary. *El agua que mece el silencio*. San Pedro Garza García: Vaso Roto Ediciones, 2016. Impreso.

Sánchez Alonso, Blanca. “La época de las grandes migraciones: desde mediados del siglo XIX a 1930” *Colección Mediterráneo Económico*. Número 1, pp. 19-32. repositorioinstitucional.ceu.es

Sánchez Carbó, José. “Textos mutantes: el itinerario genérico. De las colecciones de relatos integrados”. Universidad Iberoamericana Puebla. Web. 03 marzo 2020 repositorio.iberopuebla.mx.

Sánchez Carbó, José. *La unidad y la diversidad. Teoría e historia de las colecciones de relatos integrados*. Puebla: Universidad Iberoamericana Puebla. 2012. Impreso

Serrano, Alba. “La amnesia del Líbano”. El Orden Mundial. 11 jul. 2017 elordenmundial.com

Soler, Sandra y Charo Ruiz. *El perro que ladra a la luna*. Mayo 2007. Documental. www.youtube.com

Tanpinar, Ahmed Hamdi. *Cinco ciudades*. Ciudad de México: Sexto Piso, 2018. Impreso.

TVE retrata la guerra en Líbano (1975). Azcue, Juan Carlos. Archivo Radio Televisión Española. 1975. (Fílmico)

Thomas de Antonio, Clara Ma. “Las comunidades libanesas y su incidencia en la problemática actual”. Web. 2015 elordenmundial.com

Torres Beristáin, Beatriz. “25 Años de la tragedia de Anaversa”. *Ciencia UV Blog*. Dirección de Comunicación de la Ciencia, Universidad Veracruzana. 26 abr. 2016. PDF

Del Monte Líbano al Citlaltépetl

Cartas a Don Quijote

En este tiempo difícil no hay lugar más que para la sinrazón. Ya que la razón cabe en la palma de la mano, y la meditación se disuelve en la corriente del olvido, la ciencia se ha convertido en información, y la información no tiene sentido, y el sentido está en el corazón del que habla, y el que habla es el Gran Silente.

He aquí un signo de los tiempos: te sientas aunque estás de pie, callas mientras hablas, y olvidas que existes mientras pendes de un tenso hilo cuyo principio no conoces porque ignoras el final.

Y entre los signos de los tiempos está lo que nosotros dejamos de un lado sin mencionar, porque si lo conoces, no lo conoces, y si lo ignoras, no lo ignoras y no permaneces ni aquí ni allí, como el martillo de una campana.

Entonces, tú tienes que beber cualquier cosa: las aguas son tan abundantes en el mar como en la tierra. En la tierra, son aguas de las que no nos salvará de su diluvio más que el arca de Noé, cuya existencia se puede pasar por alto, ya que Dios se ha cerciorado, con el tiempo, que no hay vida para los que tú llamas.

Yussef al-Jal

Regreso

No tengo pasado ni futuro. Si me quedo aquí, hay una vida en mi estancia; y si me voy allá, hay una estancia en mi ida. Sólo el amor y la muerte cambian todas las cosas.

Gibrán

Las flores arrancadas de la tierra son flores sin esperanza de vida. Podrán ser bellas por unos momentos, pero la ilusión es finita con certeza. Y aquí estoy. Te regreso a donde siempre perteneciste y de donde nunca debiste haberte ido.

Lo sabía, lo intuía. Pero me aferraba a la ilusión de una vida mejor y más tranquila. Sin sobresaltos de noticias a medianoche avisando que mamá cayó de la escalera o que tú te negabas a probar bocado. Y yo, a miles de kilómetros de distancia.

Te dijimos que sería una prueba. Sólo unos meses para que decidieras si te quedabas cerca de mí, de mi patria adoptiva, de mi Citlaltépetl querido. En el fondo sabías e intuías que esta vez no habría regreso. Y te despediste de cada uno de los pocos amigos que frecuentabas, de cada pariente, aunque no hablaras con él o ella desde hacía años, como comunicando una sentencia, haciendo estallar en mil dudas la voluntad de llevarlos, a mamá y a ti, conmigo. Otro mundo, otro país, otro idioma, otra comida, otro aire, otra montaña, otro exilio.

Quizá sean los años. No es igual tener veinte, treinta o hasta cuarenta, y ser el héroe que rescata a su familia que ser el cedro que aguarda y espera su destino en su tierra, la de sus padres y abuelos, la de sus ancestros milenarios.

¡Todo lo que vivimos juntos! ¡Todo lo que aprendí de ti! ¡Tantos recuerdos que se hilvanan para tejer la red que me explica quién soy y cómo quiero ser!

Beirut sigue siendo Beirut. El ruido, los olores y colores, la mezcla de voces. Un hilo invisible que teje y tensa el ambiente, siempre a punto de reventar. La contradicción me invade en cada visita porque me reconozco menos; con cada retorno me siento más hija del país de los cedros que nadie. Y aquí estamos en el Monte Líbano de siempre, que me atrae y me recuerda que nadie escapa a su historia, nadie escapa a su sombra ni a las raíces de las que estamos hechos.

Te dejo en tu montaña que es y será siempre la mía, aunque por un momento haya tenido la estúpida idea de cambiártela. Me dejas tu olor, tu mirada y tantos y tantos recuerdos. Te quedas junto a mi abuelo, mi Papik. Desde hoy no habrá más distancias. Que mis ojos sean tus ventanas. Que mis palabras sirvan para honrarte.

Líbano

Soy hija del Mediterráneo. Mis pies se deleitan al hundirse en sus arenas que oscilan cuando las olas besan la playa.

Soy hija del Levante. Por la magia de Ashtart, mis ojos pueden ver la partida y llegada de naves fenicias haciéndose a la mar. Me visto de púrpura, soy una más y recorro Tiro, donde descubriré las bellezas traídas de otros lares, negociadas a cambio de la madera sagrada del cedro. Sigo a Biblos, cuna de un alfabeto plasmado en hermosos papiros que algún día serán tesoro de bibliotecas esparcidas por el mundo. Contemplo el paso del Magno Alejandro cuando toma Sidón, una más de sus conquistas en su travesía a Persia.

Por el embrujo de Júpiter, recorro estos mismos sitios, ahora bajo el encanto del dios romano y descubro templos, anfiteatros, columnas, ciudades que ha albergado a pensadores, arquitectos, médicos, matemáticos que con su ciencia han contribuido a crear ciudades más allá de mi tierra.

Monto un hermoso caballo blanco con el que acompaño a los Cruzados en búsqueda de su Santo Grial. Luego llegaron los drusos. O los turcos, que nos hicieron parte de su imperio por siglos. Guerras infinitas han cruzado mi país. La sangre de varias civilizaciones han teñido la tierra, que refleja ese color.

Soy hija del Líbano. Ejércitos van y ejércitos vienen. Todos codician dominar la puerta al Oriente que es mi país. Todos han querido marcar, dejar su huella en *Nahr El Kalb*,

tallando en piedra su firma en piedra, pretendiendo el territorio que nunca será más que de los libaneses.

Ninguno se ha podido llevar los ríos y cascadas que nacen de la cima de la cordillera cuando su blanco manto se transforma. Ni la belleza de las grutas que devienen en espejismo para el que las contempla.

Soy hija de Beirut. Mi Beirut, que como el Ave Fénix renace una y otra vez de sus cenizas. Ciudad cosmopolita, construida y reconstruida, ruinas sobre ruinas, una y otra vez, llena de contrastes y cicatrices que nunca terminan de cerrar, de olores y sabores infinitos. Costa y montaña, antiguo y moderno, musulmán y cristiano, alegría y dolor, simple y complejo, guerra y paz.

Escondrijo de maravillas infinitas en su territorio, las sorpresas te aguardan a la vuelta de cualquier esquina. Beirut es un prisma de mil caras. El canto del muecín en las mezquitas se acompasa con el tañer de las campanas de las iglesias; los colores del mar que bailan al ritmo del sol que besa las nieves de las montañas.

Aquí se vive en vilo, siempre haciendo equilibrio en la cuerda floja. Pero a mí me gusta recordar el Beirut de mi niñez, cuando la guerra era una palabra ajena para nosotros. Los días en que éramos admirados por convivir entre libaneses sin importar credo alguno, los días en que los edificios no tenían marcas, como cuando tu piel tiene cicatrices de alguna costra que se arrancó. Entonces la visita al Zoco era una fiesta, con su ruido y colores de múltiples mercancías que alegraban los ojos de una niña. Pasear por La Corniche y desde cualquier café observar el Mediterráneo al atardecer con las rocas de Raouché poniendo el

toque a la postal perfecta. Ir a misa un domingo con mi Papik y saborear el mejor helado de pistache del mundo.

Soy Tina. Los libaneses tenemos heridas siempre abiertas, pero contamos con la familia para reconstruirnos con cada tropiezo. Nuestra familia es como el cedro, una raíz firme, un árbol con hojas que se sostienen del mismo tronco. Crecemos entre tíos y primos, por lo que las celebraciones nunca faltan.

Por algún motivo que desconozco, las fiestas de la familia eran en casa de mis padres. La celebración empezaba desde que acompañaba a mamá a la compra los ingredientes para preparar un buen *mezzé*. Berenjenas, cebollas, garbanzos, habas, semillas de sésamo, aceite de oliva, aceitunas, limones, nueces, dátiles, piñones, pistaches, almendras, hojas de parra, harina, levadura, trigo, comino, orégano, clavos, hierbabuena, menta, cordero, mariscos. Las manos de las mujeres amasaban, mezclaban, transformaban todo esto en *hummus*, *falafel*, *tabbouleh*, *baba ganoush*, *kibbe*, pan pita. *Ma'amul*, *baklava*, *halawa*, *macrum* y mis favoritos *graibes*. La sal y la miel de la vida. Sin olvidar el café y el arak para acompañar el festejo.

Maman era un general en su cocina y mis tías eran tropa que se unía para ejecutar sus órdenes. Mis primas y yo no podíamos evadir las tareas más sencillas, debíamos aprender los secretos de la comida libanesa, nos gustara cocinar o no. Era parte de ser una buena mujer libanesa. Papá leía el periódico y en un descuido se colaba en la cocina para robarse algo de lo que se cocinaba. Omar y Hakim, mis hermanos, jugaban fuera de casa. En ese tiempo el más pequeño de ellos, Walid, aún no nacía. Las fotos familiares de esa época, finales de los años sesenta o principios de los años setenta, dan muestra de una familia feliz, que festejaba la vida y su buena fortuna.

Si algo hemos aprendido en el Líbano es que la vida puede cambiar en un instante. A veces nos tardaremos más, a veces menos, pero siempre nos levantamos de nuevo. Podremos vivir en el país o convertirnos en emigrantes, pero el Líbano siempre será para los libaneses la piedra de toque, el hogar, *el bled*, la tierra, a la que hay que regresar para lo que se requiera.

Poetas y músicos le han escrito y cantado por siglos al Líbano, a Beirut. Gibrán Khalil Gibrán ha dicho que “Líbano es un vocablo poético y no el nombre de una montaña”. Una montaña, un vocablo que sólo podemos entender los que nacimos a sus pies.

Mi nombre es Tina. Mediterránea, levantina, libanesa, beirutí.

Veranos de oro

*Las cochinillas de la humedad,
Las mariquitas de san Antón,
También vagaba la lombriz
y patinaba el caracol.*

Rafael Alberti.

Tina sabía que las vacaciones de verano se acercaban al ver a las monjas con la cara colorada llena de perlititas de sudor, que discretamente se limpiaban con el velo, que también se convertía en un abanico que refrescaba sus rostros atrapados en una cofia. A partir de mayo, la humedad en el ambiente se convertía en una capa invisible y pegajosa, que lo único que provocaba era pensar en huir al mar o a la montaña. Las clases de gramática en francés eran tan aburridas como los sermones de las misas de domingo, y Tina se entretenía pensando en el largo descanso que se aproximaba.

La casa del abuelo en Baakline, en la región del Chouf, a tan sólo una hora de Beirut, se convertía en un reino donde ríos, cascadas y cedros formaban el mundo mágico de Tina, sus amigos y primos, por una temporada. Las casas de piedra construidas en forma rectangular que alojarían a los huéspedes durante esta temporada, parecían alegrarse con el estallido de olores y colores que prometían ser las delicias de chicos y grandes: flores, especias, nueces, almendras, miel. La naturaleza dispuesta a ser el área de juegos de niños inquietos, el reloj preparándose a dejar descansar, y convertirse solamente en día y noche.

Tina llegaba con sus padres y sus hermanos, una familia que se iba agrandando casi cada verano. En realidad no tenía memoria de su madre sin llevar ésta un bebé en brazos, los hermanos nacían uno tras otro. No necesitó de muñecas, con ayudar a su madre a cuidar a los niños daba por satisfecho el instinto maternal que se supone toda niña debe tener. Cada embarazo de su madre le hacía ilusión al pensar que por fin tendría una hermana con quien compartir juegos, confidencias, ropa, hasta enojos, además de las expectativas que como mujer debían cumplirse en su familia, es decir, casarse bien, cuidar a sus padres y no deshonorar a la familia. Pero Tina perdía estas esperanzas cuando los varones seguían siendo mayoría en su familia, mientras fortalecía el cariño entre primas y amigas, destinadas a un futuro igual al suyo.

La casa de la montaña pertenecía al Papik, su abuelo materno adorado. Único entre cuatro hermanas, era el hermano pequeño, el varón y centro de atención entre mujeres que se desvivían por atender sus más mínimos antojos. En el Líbano las familias funcionan como clanes, así que el clan del Papik había construido sus casas muy cerca unas de otras, de tal forma que caminando se llegaba a la casa de cualquier miembro de la familia. Además de las casas vecinas que también se ocupaban en la temporada veraniega y que representaban para la pandilla de primos el más ansiado de los encuentros, ya que muchas de estas familias eran libaneses que vivían en el extranjero, y regresaban a su país a reencontrarse con sus cedros queridos.

La primera familia en arribar tenía la obligación de ir a saludar a los que tenían su residencia permanente en Baakline, trayendo cosas de la ciudad que con anterioridad les habían sido solicitadas. Viajaban con grandes cantidades de víveres, ya que nunca se sabía con certeza quiénes o cuántos serían los invitados a la mesa, o al café obligatorio de mediodía,

y más valía estar preparados que quedar cortos en hospitalidad. Las tías tenían toda la información en cuanto al arribo de los visitantes, así que del peregrinar por sus casas se obtenía también la agenda social de la temporada, y se organizaban las actividades no sólo de los adultos, sino también de los más pequeños.

Para Tina, la llegada de sus amigos europeos representaba ponerse al corriente en música, moda y revistas. Esperaba con más alegría que a cualquiera, a su amigo Antoine. La familia de Antoine, aunque libanesa, vivía en Francia y regresaba en los meses de agosto y septiembre al Líbano a encontrarse con su país. Él, sabiendo que a Tina le gustaba bailar desde muy pequeña, le traía algunos discos de 45 rpm para que juntos los escucharan en las fiestas que las niñas organizaban, y que servían para que grandes y chicos se movieran al ritmo de las novedades musicales de los años sesenta. Con la música que Antoine traía de Europa, Tina se ponía al corriente en novedades francesas e inglesas. A su vez, ella le compartía a su amigo las novedades árabes. Cantaban, bailaban y entendían al mundo en su universo multilingüe. Tina pensaba que ella era en realidad una hippie nacida en la cultura y país equivocados, y Antoine se divertía con sus ocurrencias y pasos de baile inventados.

No faltaban las largas caminatas por el bosque, en donde cada uno llevaba una caja para recolectar lombrices, lagartijas, flores y hojas, y al final del día el botín capturado se comparaba con los demás. O pasar el día entero nadando en el río o visitando las cascadas. Los concursos de salto de cuerda eran convocados por Tina, y los partidos de fútbol por su primo Martin, y en ambos participaban todos, haciendo equipos que al final obtenían una recompensa del Papik.

Tardes de miel, almendras, nueces, dátiles, higos. Sin preocupación ni obligación alguna. Memorias de cariños, música, bosques, risas. Tesoros de la niñez de los que echar

mano cuando el sol se oculta y parece que no saldrá más. Cajitas llenas de recuerdos que valen más conforme el tiempo pasa. Veranos de oro.

Romperse

Cuando el abuelo contaba que de niño tuvo que dejar su país porque si no lo mataban, no lo creíamos, eran cosas del abuelo. Cuando el abuelo contaba que había visto muertos mientras caminaba alejándose de su casa, no lo creíamos, eran cosas del abuelo. Cuando el abuelo contaba que no tenían qué comer y que la sed era insoportable, no lo creíamos, eran cosas del abuelo. Cuando el abuelo contaba que muchas mujeres preferían morir antes de caer en manos turcas, no lo creíamos, eran cosas del abuelo. Cuando el abuelo contaba que muchos de sus tíos y primos, amigos y vecinos y miles de compatriotas más no habían logrado sobrevivir, no lo creíamos, eran cosas del abuelo.

El abuelo, el Papik, venía de Armenia. Huyó de la masacre perpetrada por el Imperio otomano cuando era un joven. Pensaba que había encontrado en el Líbano el refugio de paz que no había conocido en su país natal, sólo por haber nacido en ese lugar. Pero esos eran unos recuerdos tan lejanos que sólo formaban parte de la imaginación del Papik, memorias que se perdían en la historia. Era casi imposible desde los ojos de una niña en los años sesenta que la guerra pudiera ocurrir. La vida era tan normal que nunca nadie se dio cuenta de que un maligno moho penetraba en las formas, capas, rendijas y orificios que forman ese gran caleidoscopio llamado Líbano, transformando lo hasta ese momento conocido.

Nunca pensamos que lo que contaba el Papik fuera una realidad. Eran historias del abuelo. Los abuelos están para entretener a los nietos, así sea con historias de horror, a pesar de que para él no fuera ningún cuento y sí una oscura realidad.

Líbano, en esos años, seguía siendo un país de múltiples cultos religiosos y nacionalidades diversas. Hasta ese momento habían conseguido vivir equilibrando todos estos acentos discordantes, nos creíamos capaces de controlar las reyertas que se presentaban entre familias por motivos religiosos.

Pero el caldo se cultivaba desde muchos años atrás. Desde que llegaron los armenios del abuelo, quizá. Porque después de la Segunda Guerra Mundial, los israelíes llegaron a la región a reclamar un territorio como suyo. Y entonces los palestinos fueron expulsados de su país para refugiarse en el Líbano. El Líbano cobijó en su pequeño territorio la historia de los destierros vecinos.

Las guerras pasan en otros lados, pensábamos los libaneses. Cuando por televisión vimos llegar a miles de refugiados palestinos una vez más, nos compadecíamos, pero igual de importante era la noticia como del hombre en la luna. A finales de los años sesenta era un acontecimiento más. Incluso nos enorgullecíamos y apoyábamos el asilo en nuestro país “tan civilizado”. El refugio sería temporal, pronto los invitados se irían a casa y todo volvería a la normalidad.

Así, la guerra fue acercándose. Así, lo que pasaba en la televisión no era tan ajeno. Así, el ruido de los estallidos subía en decibeles. Así, nos íbamos enterando de los lugares más seguros durante los bombardeos, las noticias que corrían de boca en boca eran para ponerse al corriente de las muertes u hospitalizaciones de los amigos y conocidos. Ya no era

suficiente con quedarse en la casa de la montaña a esperar a que las cosas en Beirut se tranquilizaran.

Se intentaba seguir con la vida normal. Nadie en las familias libanesas se atrevía a decir la palabra. Era más “cortés”, referirse a “enfrentamientos” o “escaramuzas”, evitando invocarla y no materializarla, pero la guerra estaba ahí a pesar de todos los conjuros. La guerra civil, la guerra entre hermanos, la más dolorosa porque el enemigo es tu espejo más fiel.

El aire se fue tornando denso, los colores oscuros y la gente más severa.

Había llegado el momento de recordar que no solo éramos libaneses, sino árabes también. Y que descendíamos de Agar, la esclava cuyo nombre parecería que marcó el destino de todo un pueblo: emigrar. Que tenemos el mismo origen, aunque nuestras creencias religiosas o políticas nos separen.

Entonces las historias del abuelo cobraron sentido. Pero él decidió quedarse esta vez. Ahora soy yo la que parte, la que tendrá que romper con todos esos recuerdos de mi niñez. Ponerme otras ropas, rezar a otras montañas y empezar.

Líbano II

Árabes, Burj Hammoud, inglés, Gemayel, maronitas, mamon, drusos, Mediterráneo Hezzbolah, Irán, srilankís, Rusia, Hamas, franceses, Siria, baha'is, alawitas, siríacos ortodoxos, Israel, Chamun, siríacos católicos, filipinos, Qatar, tías, Burch Hammud, Al Fatah, derecha, Turquía, hinduistas, Estado Islámico, kurdos, palestinos, Saida, chiitas, católicos, francés, Antoine, Arabia Saudita, Achrafieh, bangladeshís, el Antilíbano, armenio, Beirut Oeste, China, Beit Mella, tíos, Fuerzas Armadas Libanesas, arameos, Estados Unidos, Bar Elias, protestantes, español, Estados Unidos, Omar, OLP, Cordillera del Líbano, árabe, mormones, Sabra, griegos ortodoxos, Walid, caldeos, Amal, Tall z-Zaatar, armenios ortodoxos, el Papik, Sidón, Liga Árabe, Hamra, judíos, budistas, Iraq, sirios, Hakim, izquierda, armenios, primos, etíopes, Beirut Este, Francia, Tina, iranís, iraquís, Frangieh, turcos, La Quarentaine, israelíes, Ain ar-Rummaneh, Maslaj, sunitas, kenianos, Akkar, melquitas, paquistanís, Chatila, Martin, asirios, coptos, arameos, Líbano, papá libaneses. Whatsapp. Wifi.

Todo en un territorio de diez mil cuatrocientos cincuenta y dos kilómetros cuadrados. Mil kilómetros menos que el estado de Querétaro. Hagamos todas las combinaciones

posibles, agitemos un poco las aguas de cualquier fracción religiosa, partido político, familia, poder económico. Y oremos.

Crecer

El ritual dominical era siempre el mismo. Sabíamos que Papik se acercaba porque chiflaba una y otra vez esa melodía desde dos calles antes de llegar al edificio en el que vivíamos parientes cercanos y lejanos como en una comunidad. Nos ponían las mejores ropas, los zapatos bien limpios, peinados con todo el cuidado y perfumados tal como él lo hacía. Le gustaba caminar, decía que sólo así conoces dónde y con quién vives. La jornada sería larga. Le gustaba madrugar y comenzar sus actividades desde muy temprano, pero al final del día había una recompensa, por lo que acompañarlo era un privilegio.

Martin y yo éramos los únicos que gozábamos de él. La distancia sin embargo era corta, pero para dos niños las calles se hacían eternas. El recorrido era igual cada semana. Salir de casa hacia el centro, dar una vuelta en los portales para ver si había alguien distinto sentado en las mesas, pero los ocupantes eran los habituales de toda la vida. Dirigirnos a la iglesia con la prisa de llegar temprano para ocupar la banca a la que sólo le faltaban sus iniciales para asegurar que le pertenecía. Después de la misa, debíamos saludar a todos los amigos y conocidos que se dirigían a Papik con una sonrisa. Nos presentaba a las mismas personas, y escuchábamos la historia de cada una de ellas una y otra vez. Terminado el saludo, nos dirigíamos a nuestra heladería favorita. Pertenecía a unos amigos y sabíamos

exactamente todo sobre ellos: los había conocido en tal lugar, en la fecha tal, con los que había compartido fiesta y tristeza, y así siempre. Y ahí, mientras fumaba su cigarro con el mismo entusiasmo con el que nosotros nos deleitábamos con el helado de pistache, podíamos pasar horas entretenidos con esas historias de unos y otros. Éramos sus dos nietos mayores, casi de la misma edad, y con nosotros se permitía ser sin inhibición alguna.

Martin, mi primo, y yo nacimos en 1962. Pasamos mucho tiempo en casa de mi abuelo, quien nos hizo sus cómplices desde pequeños. Apenas conocimos los números, nos sentaba con él para jugar a la baraja, apostando semillas con un valor pecuniario simbólico, con el fin de mitigar su aburrimiento más que el nuestro. Si quería algún dulce, Martin y yo éramos el pretexto perfecto para su antojo. Si quería ir al circo, aseguraba que los niños llevábamos semanas rogando asistir, aunque no nos causaran ninguna gracia los payasos. Mientras fuimos creciendo nos proveía de juguetes, discos, libros, una que otra probada de su cigarro y lo mejor, abrazos y consuelo al por mayor.

Aunque hablara y contara historias de guerra y exilio, sabíamos que detrás se escondía algo. Una cicatriz en la cara, provocada por alguna quemadura seguramente, era la evidencia a todas esas preguntas sin hacer y respuestas sin contestar. Ni Martin ni yo nos atrevimos jamás a preguntar el motivo de esa marca en su cuello, que cubría con elegantes camisas y corbatas así fuera el verano más caluroso. Fuimos testigos algunas veces de cómo el rostro del Papik se transformaba en cuanto alguien hacía preguntas sobre la cicatriz. Los ojos se empequeñecían y se llenaban de lágrimas, pero respiraba profundo y soltaba una gran carcajada para distraer la atención. Inventaba cualquier cosa, anécdotas diferentes y sin saber nosotros cuál era verdad.

Conforme íbamos creciendo, el ritual dominical pasó de ser todo luz, afecto y carcajadas entre amigos, a convertirse en preocupación, rostros sombríos y cuchicheos entre adultos que nosotros no entendíamos. Pero en familia todo seguía siendo normal.

Un domingo de diciembre, mientras el abuelo conversaba con sus amigos, Martín y yo nos acercamos a una feria cercana. Había un tablero con globos de colores a los que tenías que tirar tres dardos. El ganador se haría acreedor a una estatua de Buda, hecha con yeso. Los dos quedamos fascinados con la estatua, a pesar de que no tuviéramos idea de lo que era Buda. Y competimos a sabiendas de que mi primo practicaba deportes y yo no tenía muchas posibilidades de ganarle. El primer tiro: pierdo y él atina. Segundo tiro: atino y él pierde. Tercer tiro. Él pierde. Yo gano. Gano algo más. Le gano a Martín algo más que Buda. Mi regalo de 1974. Martín nunca dejó de insistir. Me propuso muchas veces hacer otra apuesta para ver si recuperaba la estatuilla, pero siempre me negué a ello.

El año siguiente el aire del Líbano se intoxicó. La guerra inició oficialmente en 1975. No entendíamos de izquierdas o derechas. No entendíamos de Israel ni de Palestina, ni de guerrillas o guerras civiles. Pero nuestros padres se encargaron de llenar la alacena con víveres que cada vez costaba más trabajo conseguir. Los primos ya no teníamos permiso de ir a la playa en bicicleta o de andar libres sin supervisión por las calles de Beirut. Y aunque al principio de los enfrentamientos la vida seguía su curso normal, para fines de año la situación había empeorado exponencialmente. Temprano nos debíamos guardar en casa y apagar las luces para no llamar la atención. El ritual dominical se limitaba a asistir a misa y regresar a casa en automóvil en una carrera veloz, casi sin precaución, mientras notábamos más barricadas por la ciudad. Una sinfonía de llantos infantiles y enfados familiares era la representación familiar en ese momento. Pero todo sería pasajero. Para principios del año

siguiente, 1976, nacería un hermano más, la emergencia habría pasado y el ritual dominical volvería a ser el mismo de antes.

La casa de la montaña, que en un principio era el refugio familiar, se fue convirtiendo en un bastión de guerra. Los atentados en el camino eran frecuentes. Creo que ni siquiera los combatientes sabían de qué lado estaban o lo que querían.

El abuelo repetía que esa guerra nada tenía que ver con el Líbano y que pronto los alborotadores tendrían que marcharse. Ensimismado y preocupado, buscaba lo más conveniente para su familia. No quería irse otra vez. No con una de sus hijas embarazada nuevamente. Mi padre pasaba menos tiempo con nosotros. Lo veía buscando documentos y escribiendo cartas y más cartas con destinos y destinatarios de los que no había oído hablar jamás. Todo con cuidado, pero sin prisa.

En Beirut se hablaba de francotiradores ocultos en los edificios tomados por quien participaba en la contienda. Las casas y construcciones abandonadas se convertían en refugio de bandos de uno y otro lado. Sabíamos cuál era la zona tomada ayer por el boca a boca de los vecinos y conocidos, pero la información se modificaba continuamente.

Hasta que llegó el día.

Regresábamos de la casa en la montaña un día de diciembre en apariencia tranquilo. Se habían decretado unos días de tregua y esos días sabían a gloria, sabían a normalidad. Sería la última vez que visitaríamos la casa, debido a que mi madre daría a luz a principios de año y con la incertidumbre del camino no quería arriesgarse más de la cuenta. Era el fin de 1975, tenía trece años, casi catorce y me pensaba una adulta más. Me fastidiaba tener que lidiar con un nuevo bebé y mis tres hermanos pequeños en esas circunstancias. Pero no había

más que hacer. Mi rebeldía sintonizaba con los tiempos, y mi ánimo estallaba a veces igual que las bombas en los diferentes barrios de la ciudad. Sabía que al regreso de ese viaje la vida cambiaría, pero mi imaginación no alcanzaba a dimensionar cuánto.

Mis recuerdos los veo en cámara lenta. Martín salió en bicicleta por una de las calles hasta ese momento sin problema. Una bala perdida, sin rostro, sin emisario, sin nadie a quién reclamar, le acertó en la arteria femoral. Cinco centímetros hacia un lado o el otro hubieran sido suficientes para salvar su vida. La sangre que fluyó por su pierna representó para la familia la sangre de la guerra. Éramos unos niños y yo sólo pensaba en la apuesta por el Buda de yeso. En medio del caos y llanto, pensaba en su insistencia por tenerla, como si ésta fuera una representación de la vida. ¿Gané yo? ¿Por qué? ¿Para qué?

Y crecí.

Dos días

Sólo hay luna llena una vez al mes.

Los demás días o bien crece o mengua. Así es la vida.

La estabilidad es la excepción, el cambio es la regla.

Elias Khoury

La decisión fue tomada a partir de la muerte de Martin. La guerra había herido a la familia. A partir de ese momento el tiempo tuvo otra dimensión.

El bebé nació en enero de 1976, y fue la señal para llevar a cabo el plan. Para nadie era una sorpresa enterarse de que cualquier familiar, vecino o conocido, por más que tuviera un sentimiento de arraigo profundo por el Líbano, estaba dispuesto a irse o incluso había partido sin ningún aviso de por medio. Las noticias hablaban de miles. Al final de la guerra se hablaría de casi un millón. Tina y su familia se irían a Grecia, en donde su padre tenía amigos que le ofrecerían trabajo y un espacio donde alojarse temporalmente. La decisión era un hecho, la familia debía partir. La familia debía partirse.

Tina no oía, no hablaba, no participaba. Se haría lo que los adultos dijeran, por más que a ella no les pareciera su decisión, no eran tiempos en que los jóvenes de la familia, y mucho menos las mujeres, pudieran expresarse. Encerrada en un mundo de preguntas sin

respuesta, la guerra pasaba de sí. El dolor compartido con el abuelo era el único sonido que llegaba a sus oídos como un eco sordo y seco. Ni las noticias de la radio ni la música que transmitían tratando de evadir una realidad, penetraban sus sentidos. Cuando su padre le ordenó que empacara una maleta pequeña con lo indispensable para tres días, se resistió a pensar que el momento había llegado. Partirían ya y el boleto no tenía fecha de retorno. Se había decretado una tregua de dos días y tenían que aprovechar ese momento. ¿Cómo guardas tus recuerdos en un espacio tan pequeño? ¿Qué te llevas? ¿Qué dejas? Sin importar las protestas de sus padres, el Buda iría con ella.

No entendía cómo era posible que sus padres hubieran tomado la decisión de dividirse, ni que se trataba de la sobrevivencia. Su madre se quedaría en Beirut con Walid, el bebé recién nacido, y los abuelos. Tina viajaría con su padre y sus hermanos Omar y Hakim. Desde ese momento su papel de hermana mayor se transformaría. La estabilidad a la que estaba acostumbrada se había roto. Por un tiempo, que no sería el que marcan las hojas del calendario, su vida sería otra. Pero Líbano era otro, Beirut era otra, su familia era otra. Tina era otra también.

Las lágrimas tendrían que guardarse en un cajón.

Qué importa si fue de noche, si recorrieron las carreteras sin ninguna luz en el camino para no ser detectados, acompañados solamente por el reflejo de la luna en la nieve de las montañas o si el olor del mar les mandaba señales de cercanía; si se sentían culpables, si abandonar a su familia y al país era una forma de traicionar su esencia, ¿cuál sería el precio del exilio, si lo hay? Qué importa si tenían derecho a estar vivos. Si tenían miedo, si el padre dudaba con cada kilómetro si la decisión era la correcta para todos. Si los pequeños lloraban

preguntando por mamá, si quizá no volverían a encontrarse con ella. Qué importa que la tripulación del barco que los llevaría a Grecia los trataba como polizontes, aun habiendo pagado dinero por el derecho a embarcarse. Si su papá decía que no faltaba mucho, que aguantaran. Si dos días habían sido suficientes para guardar su vida resumida en una estatua de yeso y tres mudas.

La estabilidad en la vida de Tina había sido hasta ese momento una excepción, la normalidad del cambio sería la constante en su vida.

Grecia

*En griego antiguo la palabra que se usa para designar al huésped,
al invitado y la palabra que se usa para designar al extranjero,
son el mismo término: xénos.*

George Steiner

Atenas remitía a grandes e imponentes nombres de personas o lugares que para una joven no significaban más que simple historia. Tina recién había cumplido 14 años.

Gracias a sus relaciones de trabajo en una agencia de publicidad en Beirut, el padre tenía conocidos y amigos en otras partes de mundo. Si se decidieron por Grecia fue porque no quedaba tan lejana al Líbano y en el momento en que la guerra terminara, podrían volver. En Atenas, Christos, dueño de una agencia de viajes, se había ofrecido a ser su anfitrión. La agencia estaba en un edificio en Plaka, y tenía un pequeño departamento adjunto que sería su vivienda hasta 1980. Acostumbrada a los espacios amplios de Beirut, a Tina le parecía asfixiante, sobre todo con sus hermanos pequeños haciendo una pregunta tras otra y lloriqueando todo el tiempo por mamá. Su papá trabajaría en la agencia mientras lo necesitara su amigo. La ilusión de una estancia de corto plazo hacía la situación soportable.

Tina se encargó de la organización de la pequeña vivienda de lo que a partir de ahora sería su familia. Como una madre adolescente a la que le nacieron dos hijos para los que no

estaba preparada, con un padre/esposo que le delegó esa parte de la rutina diaria en la que no preguntaron si quería participar, acostumbrada a tener resuelto todo en su casa de siempre, sentía que el mundo se derrumbaba. Su compañía, además de sus hermanos, era Irene, una señora que trabajaba en el mantenimiento de la oficina y que ahora también apoyaba en su nuevo hogar. Se entendían a señas. Tina no hablaba, no leía y mucho menos escribía una palabra en griego. Suponía que esta situación cambiaría en cuanto entraran al colegio, pero de momento la ayuda que le prestaba Irene, “la señora de las señas”, como la bautizó, era invaluable. Era quien la acompañaba al mercado local a comprar lo que se necesitara para comer, la que le enseñó a cocinar al estilo griego y que, poco a poco, iría mezclando con la comida libanesa que su padre le indicaba cómo preparar. La que le enseñó a bailar Zorba en las tardes calurosas, para que después Tina entretuviera a sus hermanos mostrando lo aprendido e incluso practicando con ellos los pasos de baile griego. Los días se hacían eternos esperando alguna carta de mamá o del Papik, oyendo noticias o viendo por televisión lo poco que se transmitía entonces. Atenas a finales de los años 70 y principios de los años 80, era una ciudad milenaria, sí, pero para Tina era un pueblo más. Era casi imposible hacer una llamada por teléfono, el sistema de correos parecía que no tenía ninguna prisa por hacer llegar la preciada mercancía que para algunos representaban sus entregas.

Grecia se había convertido en un refugio para los libaneses, no todos con la misma suerte que ellos para encontrar trabajo y vivienda. Por eso Tina se quejaba menos con su padre. Tras días de enojo, llanto, rebeldía y protestas, se dio cuenta de que el conflicto no acabaría pronto y tal vez no habría un retorno a Beirut. A los pocos meses ya podía sostener una conversación básica en griego. Los símbolos extraños de los anuncios le irían desvelando su misterio, así que en la escuela se ofreció a trabajar como traductora con los pequeños que

seguían llegando como refugiados. Ahora añadiría el idioma heleno al árabe, francés e inglés que formaban parte de ella casi desde que nació.

Tina tenía una nueva amiga, Sofía, con la que le gustaba llegar en bicicleta hasta el Pireo, cuando su papá se hacía cargo de sus hermanos y la liberaba de su papel de mamá/hermana mayor. Desde el puerto observaban las embarcaciones atracar y despedirse, imaginando que eran ellas las que realizaban grandes viajes por el mundo. En la playa, viendo el atardecer, sus siluetas danzaban al ritmo de la música de ABBA y cantaban “*Dancing Queen*” como si estuviera hecha para ellas.

Pero estar lejos de tus afectos implica sacrificios. Quizá el más doloroso es no estar para despedirte cuando la muerte llega antes que les puedas besar y agradecer por lo que representaron. El abuelo, el amado Papik, murió sin que la rutina dominical se repitiera. Un lazo más cortado con el Líbano. Su padre le dio a Tina la noticia sin dar detalles, aunque después se enteraría que el abuelo no pudo recuperar su buen ánimo habitual y después de la muerte de Martin y la partida de ella, la tristeza lo aniquiló. Sin sus cómplices cerca, la vida que disfrutaba había terminado.

Un año después de la llegada a Atenas, la madre de Tina y los hermanos pequeños llegarían a vivir con ellos al pequeño departamento prestado. Cuando el padre le comunicó esta decisión a su amigo Christos, Tina pudo notar en él un rasgo de fastidio. Entendía que Atenas no era su casa, eran invitados en ese país, eran inmigrantes. ¿O exiliados? Notaba que a muchos griegos les molestaba que llegaran refugiados. Las constantes quejas que escuchaba de los vecinos o compañeros de colegio, en cuanto al desorden con el que estaba creciendo la ciudad, debido a la llegada de extranjeros, no le eran indiferentes. Los griegos son

amigables con el turista o el invitado temporal, no con quien busca quedarse de forma permanente en su país. Eres bienvenido si eres mi invitado, pero las invitaciones tienen fecha de caducidad.

La llegada del resto de su familia representó un cambio más en la rutina que Tina ya se había hecho. La ayuda que prestaba en su escuela traduciendo, y que para ella era un escape de sus obligaciones familiares, tendría que suspenderse. Su madre no hablaba una palabra de griego, parecía sobrepasada por los acontecimientos vividos en un período muy corto de tiempo. Del tiempo medido en forma de reloj y calendario. La muerte del sobrino, el conflicto en su país, al que se negaba a llamar guerra, la muerte de su padre, el nacimiento de su hijo, la separación forzada y abrupta del esposo y sus hijos mayores, la tenían en un estado emocional frágil. Así que de tener un padre/esposo y dos hermanos/hijos, ahora Tina pasaría a hacerse cargo, al menos en lo cotidiano, de una madre/hija y de dos hermanos/hijos más.

Tina extrañaba. Se extrañaba. Echaba de menos a la niña que había crecido feliz y sin problemas, rodeada de primos y tíos, y con la fuerza amorosa de su abuelo. Anhelaba a sus montañas que le daban la certeza de ser quien era, de pertenecer a su país y a sus costumbres. Suspiraba porque las montañas cumplieran su papel y la resguardaran para siempre. Ahora, mientras pasaba el tiempo y se daba permiso de sentirse contenta por momentos, pensaba que, si algo habría de rescatable de todos estos cambios, era el agradecer conocer otras montañas y salir del mundo que era Beirut. Sabía que algún día regresaría, aunque también reconocía en ella una inquietud creciente por conocer otros mares, montañas, ciudades. Grecia sería la semilla que le sembraría la inquietud por descubrir otros mundos; la primera etapa para llegar finalmente al otro lado del mar.

Paréntesis

...exile is strangely compelling to think about but terrible to experience. It is the unhealable rift forced between a human being and a native place, between the self and its true home: its essential sadness can never be surmounted. And while it is true that literature and history contain heroic, romantic, glorious, even triumphant episodes in an exile's life, these are no more than efforts meant to overcome the crippling sorrow of estrangement.

Edward Said

En el exilio el tiempo corre en forma distinta. Con la salida de Beirut se abre un paréntesis en el que están encerrados puntos suspensivos que lo mismo tienen forma de días, meses o años. Todo es temporal, o atemporal, según la experiencia de cada uno. Las decisiones no son definitivas: para qué buscar una casa más grande, para qué comprar cortinas o muebles, para qué hacer amigos si no pertenecemos a este lugar. Obligar a la memoria a añorar lo que quedó atrás, obligarse a no estar cómodo porque lo que se dejó era mejor.

Estar a la caza de cualquier noticia que mostrara una rendija por la cual atisbar la más mínima señal para regresar. Mojar los pies en las aguas del Mediterráneo, mientras anhelaban que el vaivén de olas les trajera una botella con un mensaje oculto cuyo texto indicara la señal para recibirlos en su país.

Sin noticias o mensajes que indicaran que el tiempo había llegado, el viaje de retorno se preparó con más lentitud y precaución que en la precipitada partida, que les dio apenas dos días para escapar. Tomar esta decisión fue difícil, pero a veces pesa más la nostalgia-que cualquier guerra en la cabeza.

Enfrentar la realidad del lugar en el que naciste, y que en la lejanía se llenó de añoranzas por las calles, los barrios, las iglesias, golpea como un misil en las pupilas. Al momento de partir la destrucción era evidente, mas al regresar lo encontraron mucho peor de lo esperado. El Beirut de 1981 seguía siendo un campo de guerra. La guerra civil había empezado oficialmente en 1975, pero con antecedentes ya desde principios de 1970, parecía el cuento de nunca acabar. La llegada de refugiados palestinos desde finales de los años 60, a la que no le dieron importancia en su momento, había sido el inicio de un conflicto que fue creciendo como bola de nieve. La intervención de Israel y Siria en un país multiconfesional como El Líbano, fue la chispa que encendió la mecha para incendiar el frágil equilibrio de fuerzas políticas y religiosas desde su fundación en 1943. Los tiroteos entre palestinos (apoyados por el Partido Socialista Progresista y sectores izquierdistas musulmanes) y falangistas (pertenecientes al partido cristiano Falange, apoyado por sectores de derecha y cristianos), desató un enfrentamiento de todos contra todos, incluidos los países vecinos de la región.

Tina y su familia regresaban como extranjeros a su patria. Tenían la dualidad de nativos pero exiliados, libaneses que se fueron cuando su tierra más los necesitaba, cobardes por haber escapado y no enfrentarse ni batirse en la batalla en las calles como habían hecho los que se quedaron. Su país era otro país. Pocos años habían sido suficientes para transformarlo en un total desconocido.

Las explicaciones o justificaciones no alcanzarían para derribar la barrera que se había formado alrededor de ellos. Pero se fueron integrando a la nueva, agitada, e incierta vida en Beirut. A una vida de guerra, raciocinio, secuestros, bombas. ¿Había valido la pena partir?

Nunca se es el mismo cuando se regresa y la opción de quedarse siempre es personal. Tina decidió que los puntos suspensivos escritos entre el paréntesis podrían llenarse con otras historias, lugares y personas. El tiempo de cerrarlo aún no llegaba para ella.

Burbujas

Paz. Era lo que Tina más anhelaba. La vida al regresar al Líbano no fue sencilla. El conflicto armado seguía y no se veía una posible solución, por el contrario. La invasión de Israel a territorio libanés, apoyada por las fuerzas cristianas para enfrentar a los palestinos, mantenía al país en jaque. El odio es una espuma que encierra en cada burbuja una idea, una postura, una fijación. Y crece y crece sin reparar que, al momento de reventar, quedará un líquido viscoso sobre el que nada podrá afianzarse.

¿Y para esto regresaron? Sin el Papik, sin Martin, sin poder ir a la escuela regularmente. La vida se resumía para Tina en cuidar y atender a sus hermanos, en llevar la carga que le correspondía como primogénita en una familia que a veces parecía desmoronarse junto con el país.

Los laberintos de palabras de los vecinos, contruidos por el boca a boca con el fin de esquivar y sortear los continuos ataques, en un principio pudieran hacer creer que los que no participaban de la guerra eran parte de una resistencia, pero el sentido heroico se pierde cuando nadie sabe muy bien a dónde se va. Sin confianza en las autoridades, era en la calle en donde se enteraban en dónde podrían encontrar comida o medicinas si era necesario. El mercado negro se expandía como un imperio mercantil, y controlaba mercancías y víveres para los habitantes de la ciudad. Las posiciones políticas se basaban más en el interés personal

que en la verdadera intención de terminar con el conflicto, las posturas eran tan baladíes como efímeras. Los estallidos de bombas o los disparos interminables taladraban los oídos en una tortura continua. Lo que ayer era, hoy había cambiado, y mañana todo podía pasar. Pero nadie quería una muerte más en la familia, así que vivían al ritmo que las circunstancias marcaban, atentos a lo que se dijera en la calle para sobrevivir.

La idea del regreso fue de su madre, que nunca se adaptó a vivir en un país ajeno a sus raíces, a su lengua, a sus olores, por más parecidos que estos fueran a los griegos, por más que compartieran el mismo mar. El padre pensó que la melancolía de su esposa sólo tendría cura en Beirut, por lo que, a pesar de la tranquilidad y la oportunidad de empezar una historia nueva en Atenas, regresaron. Sin embargo, la fragilidad emocional crecía conforme se intensificaba el ruido, la escasez, el deterioro de su amada Beirut, y la tristeza no cesaba.

En la cabeza de Tina no dejaba de rondar un nombre: Cordes. Recordaba que Sofía, su amiga en Atenas, iría a estudiar por unos meses al convento de las Bienaventuranzas. Hablaba con tal pasión del lugar, que para Tina era la representación del paraíso. Y Tina repetía a sus padres, tíos, hermanos y primos todo lo que sabía de ese mágico lugar, de su anhelo por estar ahí, de la falta que le hacía alejarse de todo para estar más cerca de su familia, pero también más cerca de ella misma.

La guerra esta vez jugó a su favor. En 1981 Israel realizó ataques aéreos a los campos de refugiados palestinos en el Líbano. No sólo en el sur del país sino también en Beirut. La noche del 17 de junio se encogió con el humo de los incendios, ensordeció con bombas, enmudeció ante la evidencia de estar atrapados en un túnel sin salida.

¿Si no se puede salvar a todos, salvas a uno? ¿Sería justo que Tina se fuera en ese momento, en lo que podría ser un acto de egoísmo y banalidad y abandonara a su familia? Tina y sus padres decidieron que para ella era tiempo de salir de esa burbuja de terror. Quizá su madre apoyó la idea como una forma de resarcir el tiempo en que Tina estuvo sola con su padre y hermanos en Atenas, quizá queriendo recuperar su lugar de madre de familia para los hermanos, quizá como una forma de evitar seguir con los enfrentamientos con una hija adolescente inquisitiva, que cuestiona sus decisiones en el seno familiar, quizá como una forma de callar su conciencia que le recordaba constantemente la posibilidad perdida de empezar una lejos de Beirut.

Tina iría a Cordes.

El canto de las sirenas

*¿Cuántas iglesias tiene el cielo?
¿Por qué no ataca el tiburón
a las impávidas sirenas?
¿Conversa el humo con las nubes?
¿Es verdad que las esperanzas
deben regarse con rocío?*

Pablo Neruda

Seducida por el canto de una sirena del Mar Egeo, Tina llegó a Cordes. Fue Sofía, la amiga que en los días griegos le platicaba sus fantasías acerca de escapar y perderse en un monasterio construido entre nubes, con la que compartió sus más íntimos deseos por descubrir mundos nuevos. Tina, contagiada por el entusiasmo de Sofía, quería ir a Cordes, en donde existía un convento habitado por una nueva orden que parecía ir conforme a los tiempos. Eran los años ochenta y aún se sentía la resaca de la era del amor y paz. Por lo menos en las mentes idealistas de dos adolescentes, que añoraban esos ecos que invocaban un mundo mejor para la humanidad.

Cordes, para Tina, representaba un paraíso. Era un pueblo perdido en los Pirineos franceses, con muy pocos habitantes, construido sobre un promontorio, de gran belleza e historia. Protegido por murallas como las que Tina intentaba construir a su alrededor, para

dejar de oír el ruido de bombardeos, lamentos, quejas y llanto usual en el Líbano. El pueblo francés había sido fundado en el siglo XIII como refugio de los que huían de las guerras religiosas, situación más que real para Tina y con la que se sentía plenamente identificada.

Las nubes envolvían el pueblo al atardecer. Los callejones provocaban perderse para descubrir puertas con insignias misteriosas al frente, retando a descifrar estos acertijos. Gárgolas y dragones parecían proteger a sus habitantes de los peligros del exterior. La pequeña montaña que era Cordes la atraía y hechizaba con su aparente encanto.

Sofía sería su guía y hermana espiritual en el camino que Tina recorrería con la esperanza de reconstruirse. Los días transcurrían bañados en la luz dorada del monasterio, en el que igual residían familias con niños pequeños, que monjas y sacerdotes, así como mujeres y hombre solteros que para retribuir el hospedaje realizaban trabajos en la comunidad. Los rezos en arameo, la mezcla de ritos, lo mismo judíos que católicos o protestantes, el susurro de voces haciendo eco en muros con siglos de historia, embelesaban y cubrían como un capullo las heridas de cualquier corazón ingenuo.

Algo se transformaba en Tina. Serían los aires de montaña, los paseos en bicicleta o las largas caminatas. O tal vez la magia de las nubes que bajaban al atardecer. Quizá el trabajo comunitario en el campo o el trueque con los habitantes del lugar. Le llenaba el corazón enseñar canciones libanesas en la escuela infantil. Todo esto hacía pensar a Tina que había encontrado su lugar. Así como en Cordes está el manuscrito llamado de las Suertes de los Apóstoles, quizá la suerte y Sofía, la sirena griega, la habían llevado ahí para quedarse.

Pero el rocío que riega las esperanzas no siempre es suficiente para mitigar hogueras en quien sabe lo que es estar alerta y sabe descifrar señales. La perfección que se atribuye a

lo que más se anhela, se cubre también de un velo que se llama ilusión, y que se desvanece tarde o temprano. Tina notaba la insistencia de los encargados de llevar los números del convento, en que todos los que ahí habitaban, hicieran un bien a la comunidad donando sus propiedades terrenales a la orden, no sólo su trabajo o su tiempo, sino lo que por herencia o trabajo pudieran tener fuera de los muros. Sentía aislamiento entre aquellos elegidos y guías espirituales que parecía pertenecer más al mundo terrenal. El acoso por involucrar a más personas, por atraer a más gente a la comunidad, y junto con ellos sus posesiones, la insistencia en que su padre realizara un testamento donde Tina donaba su parte de la herencia, si es que la había, fue la caída del velo a la supuesta paz conventual.

Las largas conversaciones con Sofía, en las que compartían inquietudes y dudas, y ataban cabos sobre lo que descubrían en el manejo del convento, las llevó a reflexionar y a devolverlas a sus países respectivos. Tina extrañaría una vez más a Sofía, la convivencia con la gente del pueblo y sus alrededores, el abrazo de bienvenida cuando ayudaba a reparar algún desajuste en las viviendas de los mayores o las alegrías de los pequeños en las labores de la siembra en el huerto comunitario. Por un tiempo había vivido dentro de un cuento.

Una vez más, Tina prepararía el equipaje. Una vez más, sabía que el Monte Líbano, su fracturado y aún dividido Monte Líbano, sería su cura ante esta nueva y desconocida forma de violencia para ella. Necesitaba del aire familiar como piedra de toque, para recordarle sus raíces.

Se decía que Cordes es el equivalente de Córdoba en voz occitana... y Tina lo recordaría en algún momento de su vida.

El Pacto

Se conocieron en las montañas del Líbano cuando niños. Sus familias compartían soles de verano, tardes de lluvia, arcoíris de helados y brisas de libertad. Sólo coincidían en esos meses de vacaciones y esperaban un año para volverse a encontrar. Antoine era la novedad en la pandilla de primos que se refugiaban del calor y los turistas en casa del Papik. Los primos era la familia consanguínea o no, que se reunía en las casas de la montaña en el Chouf. Esto ocurrió desde pequeños y daban sus primeros pasos hasta que Tina cumplió 12 años. Antoine, dos años mayor, se convirtió en su mejor amigo. Tina se sentía halagada de que alguien mayor, reparara en ella. Para Tina era inevitable resistirse ante esa mirada intensa y dulce, ante la sonrisa que contrastaba con la tez morena de su amigo. Pero un verano él no regresó, y Tina guardó su recuerdo en las memorias de una niñez libre y feliz. Muchos años después, cuando volvió al Líbano a poner en venta la casa de sus padres en las montañas, y quizá cargado de nostalgia, de tristeza de ver en lo que su país estaba convertido, de pesar por lo que se fue, Antoine buscó a Tina en aquel Beirut desgastado, desconocido, ajeno para ambos en 1985.

No estaba el aire para romances. Antoine había terminado sus estudios e incluso había conseguido un trabajo que le permitiría viajar por el mundo. Les bastó una tarde de plática

sin parar para conectarse otra vez, como cuando niños. Le contó a Tina que no quería recorrer ese camino en solitario. Sentados a la mesa con dos tazas de café, apreciando el gesto como si de una cena lujosa se tratara, Antoine le propuso matrimonio a una sorprendida Tina. Sólo tenía veintitrés años, una edad apropiada para convertirse en esposa, según sus costumbres, con su amigo de la infancia; un candidato ideal, ya que las familias se conocían desde hacía muchos años y no pondrían reparo en la elección. Pero también una posibilidad de salir de esa atmósfera incierta que es la guerra, en donde lo que cuenta es el hoy, en el que se pierde el privilegio de pensar en un mañana que tal vez no llegue. La guerra no da para soñar en príncipes rescatadores de princesas, pero él le brindaba a Tina la salida soñada para escapar y conocer el mundo, para buscar la paz en otros lares y reconocerse en otras montañas. No lo pensó mucho. Si por generaciones los matrimonios se arreglaban entre familias, casi desde el nacimiento de los hijos, ella ahora haría su propio acuerdo. La guerra marca el tiempo en un reloj distinto, y sus padres entenderían. Hicieron un pacto. La boda sería en Beirut, sin poder fijar una fecha exacta. Él no prometió escribir cartas de amor. Ella prometió estar en donde Antoine estuviera. Tal vez el lazo de cariño les alcanzara para unir a dos personas que, por el momento, no tenían en común más que veranos en la infancia. Los cuestionamientos llegarían con la vida; por el momento a Tina sólo le interesaba saber cuál sería su destino. Antoine pronunció el nombre de un lugar remoto y desconocido para ella: Córdoba, México. Y entonces Tina recordó a Cordes.

Antoine

El primer amor es una pequeña locura y una gran curiosidad.

George Bernard Shaw

“Que estar en los primeros recuerdos de mi infancia, nos haga vivir el presente y permanecer en el futuro. Que haber compartido nuestros primeros pasos, nos permita caminar hasta el final. Que tu música me invite a bailar siempre. Que los veranos, se conviertan en primaveras, otoños y hasta inviernos. Que el cariño y la curiosidad permanezcan. Que lo que empezó en la niñez, nos alcance para seguir juntos. Caminemos hasta que el tiempo nos deje sin aliento. Encontremos nuevos ritmos con los cuales vibrar. Vayamos a descubrir otros lares. Vivamos nuevas estaciones. Crucemos otros mares. Que nuestras familias nos bendigan. Que nuestra descendencia honre a sus ancestros.”

Tina escribió sus votos en el reverso de una fotografía que conservaba en su caja de recuerdos. En ella aparecían los dos, a los tres o cuatro años. En la foto, tomada frente al Mediterráneo en Beirut, ella está abrazando a Antoine. Fueron captados en el momento de una gran carcajada, ella señalando al cielo y él riendo, saludando a la cámara, mientras un atardecer multicolor se observa detrás.

Se comprometieron en 1985. Para nadie resultó una sorpresa. Se conocían de años, y las familias de ambos albergaron desde siempre que esta unión se realizara. Tanto Tina como Antoine cumplían con los requisitos requeridos por los mayores, así que no hubo objeción

alguna para el casamiento. Los padres de Tina sabían que partiría, pero también conocían el alma errante de su hija, y confiaban en que el carácter de Antoine le dominara la inquietud de volar. Ahora Tina tendría que apearse a las decisiones de su esposo, como se debía hacer, según la tradición y sus enseñanzas. Tenían claro, además, que su partida les abriría una puerta a otros mundos, les brindaba la posibilidad de exiliarse, de vivir en un país extraño, pero en paz. Beirut era un territorio incierto. La guerra se intensificaba, y aunque había espacios para la paz y no todo eran batallas, sobrevivir se complicaba día con día; la ciudad dividida, la escasez de alimentos, las protestas continuas, la violencia que no cesaba.

Aunque a veces pasaran semanas sin saber de Antoine, Tina sabía que cumpliría su promesa de matrimonio. Las comunicaciones no eran expeditas como en estos tiempos, una carta podía demorar meses en llegar a su destino. El teléfono era un lujo que no podían darse con la frecuencia deseada. Y era un ejercicio de paciencia para Tina enlazar una llamada de París a Beirut. Pero ella confiaba en Antoine y preparaba el ajuar con una ilusión inusitada. Nunca había contemplado el matrimonio, pero en tiempos difíciles, tener esperanza permite tener un futuro al que aferrarse.

Para Tina fue un alivio contar con la generosidad de primas y tías, para ayudarla a conseguir cortes de tela, confeccionar el vestido y entre todas ayudar a planear la pequeña ceremonia. La boda daba una tregua a días tristes. En febrero se intensificó la guerra de los campamentos de refugiados; en marzo asesinaron al líder del Hezbollah. Se presagiaban mayores conflictos para todos en Beirut, aunque muchos libaneses nada tuvieran que ver con esta guerra, que duraba ya una década. De modo que lo que estaba planeado para ese año, se pospuso.

La boda se realizó el 22 de junio de 1986, en la iglesia que Tina hizo suya gracias al Papik. Los novios estuvieron acompañados únicamente de su familia más cercana. Al momento de la bendición del sacerdote, Tina volteó hacia la banca donde solía sentarse su amado abuelo y sonriendo supo que él también aprobaba esta unión. Leyó sus votos: “Que estar en los primeros recuerdos de mi infancia, nos haga vivir el presente y permanecer en el futuro.”

Lyon

Tina y Antoine se instalaron en Lyon. Un espacio pequeño, con una cocina, una mesa y una cama, aguardaba a Tina para iniciar su hogar. El departamento de soltero de Antoine no estaba preparado para recibir a Tina, por lo que se vio obligada a ocupar buena parte de su tiempo acondicionando su nuevo hogar y, sobre todo, aprendiendo a convivir con su esposo. Esta vez, la batalla sería interna. Tina no tendría a quien culpar si el matrimonio fracasaba. Casarse con Antoine había sido un acto de confianza, no sólo en su esposo, también en su intuición que le decía que todo saldría bien. Y aunque hubiera muchas coincidencias y apoyo por parte de ambas familias, y todo pareciera estar a favor, acostumbrarse a la vida en pareja, requería de ella un esfuerzo que nunca había contemplado. En la escuela en Beirut tuvo amigas que desde pequeñas soñaban con el día de su boda, cosa que a ella nunca le pasó por la cabeza.

Antoine pasaba buena parte del día trabajando, y la casa era tan pequeña que terminaba rápido de asearla y ordenarla. Tina se sentía libre. Aprovechaba su tiempo para dar largos paseos en bicicleta por el Ródano y recorrer el centro de calles empedradas con sus tiendas de flores, pan y fruta que le recordaban su estancia en Cordes. Aprovechaba para seguir aprendiendo español, en libros y con cassettes de música, o incluso algunos con

lecciones en el idioma que pronto hablaría, y que sumaría a su universo de palabras en otros idiomas.

Conocía la cultura francesa, Beirut, su escuela y la estancia en Cordes la habían hecho cercana a ella. Así que se integró al grupo de amigos de su esposo sin dificultad.. Jóvenes con ganas de divertirse, empezando una vida de pareja también, así que Tina tenía nuevas amistades con las que compartir esta nueva etapa. Parecía ridículo, pero a veces le era difícil acostumbrarse a la tranquilidad de afuera. No se sentía totalmente feliz. Las noticias de su país parecían un parte de guerra, y no dejaba de sentir cierta culpabilidad por haberse alejado del clan familiar. Intentaba comunicarse con sus padres lo más que podía, ofreciéndoles traerlos con ella a Francia, aunque sabía que su estadía en Europa era limitada y pronto partiría a México con Antoine. El curso de capacitación en la empresa de su esposo llegaría a su fin y Lyon sería sólo una etapa en el camino. Mas no se detenía en estos pensamientos, aprendía a reconocerse también. Se construía con lo ya vivido y se disponía a seguir confiando en que la decisión que tomó fue la mejor y a brincar al vacío de la mano de su compañero de infancia, tal como lo hacían cuando saltaban en las cascadas de Baakline.

Este compás de espera en Lyon fue un remanso en la vida de Tina. Tiempo para disfrutar y disfrutarse, para reparar heridas y colocar cimientos de una nueva vida. Una ciudad en paz, con reminiscencias de Cordes y del Beirut de su infancia, con el tamaño justo para que sus emociones encontraran acomodo. Tina disfrutó esta etapa mucho más de lo que se atrevía a reconocer. Tejía su felicidad para guardarla en un cofre secreto y poder echar mano de ella cuando aparecieran sombras. Casi confiaba en que esta vez, todo saldría bien.

Cedros y pinos

*Let me stop to say a blessing for these Woods...
for the way sunlight laces with shadows
through each branch and leaf of tree,
for these paths that take me in,
for these paths that lead me out.*
Michael S. Glaser

Convertirse en árbol y ver el tiempo pasar. Ser testigo del andar de hombres y mujeres que han reposado por un momento bajo las hojas fuertes y resistentes de guardianes tan simbólicos como el cedro y el pino. Saber que los árboles son parte de la legión que protege las montañas, saberte capaz de resistir frío, tormentas, nieve, pero también sol y vida.

El cedro del Líbano ha sido desde siempre un símbolo de permanencia y belleza. Se dice que el templo de Salomón estaba construido con la madera de este árbol, y también que en la biblia es el árbol más nombrado. Su nombre es sinónimo de eternidad, ya que llegan a vivir más de mil años. Los bosques de cedro en el Líbano, aunque cada vez menos, siguen siendo el elemento que da vida a las montañas. Este árbol es el símbolo de un país que se asemeja en lo milenario a su emblema.

El pino del Citlaltépetl es también un árbol legendario. Su crecimiento en las alturas de la montaña ha sido causa de estudio hasta para llevar vida a otros planetas. Es un árbol único en su tipo, pocos como él tienen el privilegio de crecer y tocar las nubes. Aunque su

existencia no es tan milenaria como la del cedro y su madera no sea considerada preciosa, es igualmente codiciada ya que forma parte de la vida cotidiana en distintas formas.

Pinos y cedros hablan con las montañas. Les cuentan que cada vez van siendo menos: al reducirse en número, serán menos capaces de engalanarlas con un manto blanco, menos capaces de proporcionar agua a todos aquellos que sin saberlo vivimos gracias a su existencia.

Pinos y cedros resistiendo a guerras. Tan lejanos en realidades inimaginables de unos a otros. Tan cercanos que parece ilógica la comparación. Quizá es debido a la capacidad de adaptación de estos árboles, a pesar de los desafíos que los hombres les presentamos, que estos guardianes se empeñan en seguir ahí.

Muchos de los libaneses que llegaron a México traían en su equipaje semillas con las virtudes del cedro, tales como fortaleza y resistencia, para injertarlas en nuestros pinos de las alturas. Con una vida que no fue fácil en el Líbano, llegaron con poco equipaje, pero con absoluta disposición a una nueva vida, a nuevos bosques, a nuevas montañas. Tina estaba entre ellos.

La primera vez que Tina se internó en un bosque de pinos, se sintió en un lugar familiar pero extranjero. Avasallada por los recuerdos, lloró como si apenas entonces se despidiera de los cedros de la infancia.

Cordobesa / Anaversa

Córdoba, 3 de junio de 1991

Queridos mamá y papá:

Les escribo ya instalada en mi nueva ciudad y con más calma, después de unos días agitados aquí en Córdoba. ¡Tengo tanto que contarles! Antes que otra cosa, les quiero decir que los tíos de mis primas, me recibieron muy bien. El tío Naim y la tía Badía, nos ofrecieron una cena en donde pudimos conocer a personas amables y cariñosas. Ellos son los patriarcas y fueron los primeros a los que visité. Por fin pude entregarles las estampas de San Charbel que ustedes les mandan, y que he traído conmigo desde Líbano y me acompañaron en Francia también. Como tú mamá dijiste, las aprecian mucho. Desde nuestra llegada, hemos recibido invitaciones a muchas casas, pero de las cosas que más disfruto, es ir a tomar un café a los portales ubicados en el centro de la ciudad. Y aunque cada día entiendo un poco más el idioma, creo que todavía no logran entender lo que yo digo. En los portales, hay muchos cafés y es costumbre que haya música. Los sábados por la noche hay música tocada con arpas y unas pequeñas guitarras, llamadas jaranas. También montan un tablado en donde los bailarines bailan zapatedo con gran alegría y elegancia. Me gusta ir con Antoine, porque siempre encontramos a alguien que recién hemos conocido, y nos invitan a disfrutar de la frescura de la noche, especialmente es estos meses tan calurosos. Los jaraneros, que así les dicen a los músicos, atienden a las solicitudes que les hacen los comensales. Y cada fin de semana oímos una canción que se llama *Cordobesa*. Un compositor mexicano muy famoso,

la escribió porque quedó impactado con la belleza de una señora nacida aquí. Y mientras les transcribo los versos de la canción, les voy contando de esta ciudad y también del suceso que más me ha impactado. Papa, te la platico como una historia para que puedas compartirla con tus amigos del café en Beirut.

*Nacida como floración primorosa
Palmera mujer y canción
Tu nombre Córdoba es nombre
Que España te dio*

Córdoba es una ciudad ubicada en la región de las Altas Montañas del Estado de Veracruz. Según la leyenda fue fundada en 1618 por 30 caballeros y sus familias llegados de España, con el propósito de proteger los intereses de la corona española entre el Puerto de Veracruz y la Ciudad de México. Esta misma leyenda indica que la ruta era atacada y asaltada constantemente por los negros cimarrones asentados en el poblado de Yanga, antiguos esclavos que escaparon y fundaron el primer pueblo libre. La Villa de Córdoba obtuvo su nombre en honor al virrey Diego Fernández de Córdoba. Esta ciudad es célebre, entre otras cosas, porque en los portales de Zevallos, en el centro de la ciudad, se firmaron los Tratados de Córdoba que dieron fin a la guerra de Independencia de México. Por su clima y ubicación geográfica, Córdoba se convirtió en una importante zona agroindustrial, siendo centro de industrias como la cafetalera, azucarera y aceitera.

*Vestida con todos los verdes posibles
Que pueda soñar un pintor
Te dio Veracruz su apellido
Por gracia de Dios*

Una de las industrias florecientes del siglo pasado fue la caña de azúcar. Los campos cubiertos de verde caña requerían de fertilizantes, por lo que la industria agroquímica creció. La empresa Agricultura Nacional de Veracruz, S.A, conocida simplemente como Anaversa, situada a sólo dos kilómetros del centro de la ciudad, estaba ubicada en un barrio conocido como La Estación. Las quejas de los habitantes dueños de comercios, viviendas, escuelas, guarderías aledañas al predio de la empresa, no habían hecho mella en ninguna autoridad. Instalados desde 1962, en un lugar concurrido desde siempre, ya que ahí llegaba el tren que cubría la ruta de México a Veracruz, la planta se dedicaba a la formulación, almacenamiento y distribución de plaguicidas.

*Cordobesa, cordobesa, piel morena
Que se quema con el sol*

El 3 de mayo de 1991, viernes, día de la Santa Cruz, festejo mayor para los trabajadores de la construcción en cualquier lugar de México, Enrica llegó a la guardería, pensando que sería un día como cualquier otro. Ella es mi vecina en el edificio en el que Antoine y yo vivimos, está estudiando para ser maestra de niños pequeños, pero también trabaja. Las mamás y sus pequeños se arremolinaron en la entrada, y pronto el cupo fue total. Eran casi noventa pequeños que iban de los 45 días a los tres años de edad. En la guardería se prepararon para una jornada que sería larga . El estruendo de los cuetes por el festejo de la Santa Cruz no tardó en aparecer. Algunos festejaban desde temprano cuando el patrón era espléndido.

Alrededor de la una del mediodía, los tronidos se hicieron más y más potentes. El calor se intensificó. Enrica no entendía qué pasaba. Había subido a la azotea a lavar los biberones de los más pequeños. La sorprendió el calor que quemaba. Una gran nube negra

cubrió lo que por la mañana era un día soleado. De pronto los gritos. “¡Hay que sacar a los niños!” “¡Anversa se incendió y va a explotar!”. La planta estaba justo enfrente de la guardería. Sin salidas de emergencia, sin un plan de evacuación, el instinto hizo que las veinte trabajadoras se organizaran. Llevaron a los pequeños al patio de atrás hasta que llegaron los bomberos a darles instrucciones. Confusión total. ¿Qué hacer? Enrica se asomó a la calle y alcanzó a ver la nube de humo negro que parecía se iba a comer todo a su alrededor. Sirenas, gente corriendo, gritos “¡El tanque, el tanque...!”. El humo picaba los ojos y la nariz y el calor que quemaba sin que hubiera sol. La estación de bomberos estaba a una cuadra de distancia. Alguien dijo que empezaran a sacar a los niños y llevarlos a las ambulancias. Los trasladarían al Hospital Civil que se encontraba cerca del lugar. Si eran pequeños cargaban a dos, si pesaban un poco más de uno en uno. Enrica, sus compañeras y las personas que se acercaron a ayudar se pasaban a los niños en una cadena para que la evacuación fuera lo más pronto posible. ¿Y los periodistas? “¡Que ayuden en lugar de estar tomando fotos!”. El tanque contenía 70 mil litros de solvente.

*Cordobesa, cordobesa, la gardenia
Con su anemia te aromó*

Ese día nos invitaron a una comida en el departamento de unos amigos. Antoine y yo acabábamos de llegar a Córdoba y poco a poco fuimos conociendo gente. Paco, de origen libanés, se había hecho amigo de Antoine en el trabajo. Nuestros anfitriones tenían su casa en pleno centro de la ciudad, a tres cuadras de la Plaza Principal. La cita era a las dos de la tarde. Antoine y yo llegamos puntuales a pesar del extraño movimiento de vehículos que vimos en la ciudad a esa hora. Sólo estaban Paco y Ana, nuestros anfitriones, y una pareja

más, al parecer primos de ella. Nada más llegamos, nos dieron la noticia de la explosión de la fábrica de Anaversa. Me explicaron que era una fábrica de fertilizantes ubicada en un barrio dentro de la ciudad, a pocas cuadras del centro. Subimos todos a la azotea del edificio para ver esa mancha negra en el cielo. Aún se oían pequeñas explosiones. La nube era de un negro intenso y parecía tan espesa, que más que humo parecía esponja. Las sirenas no dejaban de oírse, y poco a poco la angustia se fue apoderando de mí. Otro escenario, otro país, las mismas manchas negras que en Beirut, los mismos estruendos lejanos. En cambio, los primos de nuestra anfitriona propusieron acercarse a la fábrica para ver de cerca lo que pasaba. En esta ciudad nunca pasa nada hasta que pasa, dijeron. Más sirenas, más sonidos de claxon. Mi angustia se acrecentaba y a la vez me enmudecía. Quería decir que no fueran, quería decir que el humo negro nunca es bueno, gritar que se callaran las sirenas, borrar de mis ojos las imágenes, olvidar esa guerra que yo había dejado atrás, ese país que se quedó tan lejos como el Medio Oriente. Otras explosiones, otras nubes, otros olores. Pero no dije nada. Sólo miraba a Antoine que tampoco parecía entenderme. Ellos salieron corriendo como cuando tienes prisa por ir a una fiesta y temes que te vas a perder la diversión si llegas un minuto tarde. Yo hacía lo imposible por tragarme las lágrimas, nada bueno vendrá de esto, pensé. Fueron llegando más personas a la reunión, pero la invitada principal de la fiesta fue la explosión de Anaversa. Mi español era casi nulo, entendía más que hablarlo, y no muchos hablaban inglés, así que no participaba de la conversación. Rumores de tantos muertos, de gente a la que habían llevado a hospitales en otras ciudades porque en Córdoba no cabían más. Y yo recordaba y veía a los muertos que ya tenía en mi corazón. Los cordobeses en el centro pensaban que ahí no pasaría nada. La nube se iría a Zongolica, como si me hubieran dicho que se iría a la luna. No tenía idea de dónde quedaba ese lugar que me sonaba a Zoco. Cada invitado que llegaba a la comida traía un rumor nuevo. Que si no había bomberos suficientes,

que si la gente llegaba con cubetas tratando de apagar cualquier explosión, que si los reporteros se acercaban más de la cuenta, todo era confusión, pero nadie quería perderse el evento. Nadie comentaba el extraño olor que había en la ciudad. A mí me picaba en los ojos y la nariz. Tenía mis ojos llenos de agua a punto de fluir.

Cordobesa, cordobesa, entre azaleas

Fue un corto circuito el que, al contacto con sustancias químicas, desencadenó el fuego que se propagó rápidamente. La planta no tenía extintores suficientes. No había un plan de evacuación ni medidas de emergencia que se hubieran practicado en caso de ocurrir un accidente. El grupo de bomberos en Córdoba estaba formado por voluntarios que tampoco tenían la capacitación necesaria para tratar esta clase de incendios. La estación se encuentra cerca de la planta y llegaron a apagar el fuego con agua. El agua intoxicada se fue al drenaje común y contaminó el subsuelo y los arroyos cercanos, que abastecen de agua a comunidades cercanas. Pero fue gracias a los bomberos que el tanque con solvente no explotó. La nube tóxica se estacionó sobre esa zona de la ciudad por doce horas. Al día siguiente, los inspectores y los responsables de la empresa, decían que “el olor ya se había ido, que ya no pasaba nada, que todo estaba bien”. A pesar de que se solicitó la evacuación de la zona, las personas no quisieron salir de sus casas por temor a robos, así que empezaron la limpieza de sus viviendas o comercios con agua, jabón y cloro, lo que provocó otra reacción química y más contaminación. Pero ninguna autoridad les dijo qué era lo que tenían que hacer.

El lunes 6 de mayo, Enrica y sus compañeras acudieron a la guardería a limpiar pisos, paredes, techos, utensilios, también con agua, jabón y cloro. La guardería sólo estuvo cerrada para los niños una semana y todo volvió a la normalidad.

Y naranjos te miré

Antoine estaba pegado al radio para seguir oyendo noticias de la explosión. Compraba los diarios locales en busca de novedades. Yo no quería salir de mi casa ni oír más del asunto. Cada día se escuchaba un nuevo rumor, pero las autoridades permanecían en silencio. La bienvenida a mi nuevo país no había sido la mejor experiencia, pero las muestras de apoyo que veía para ayudar en la limpieza, las noticias que Antoine me leía acerca de los papás agradecidos con las trabajadoras de la guardería por haber evacuado a todos los niños lo más pronto que pudieron, la foto de dos de ellas corriendo con niños en brazos, me decían que tal vez tenía más afinidades con México de lo que esperaba. Una de ellas era Enrica, mi vecina.

*Cordobesa, cordobesa, flor gardenia
Fruto rojo del café*

Y no ha pasado nada más. Yo espero que todos los niños y las personas que estaban cerca de la explosión, no tengan consecuencias. Antoine dice que los químicos que explotaron son muy peligrosos, y que las personas pueden enfermar por lo que respiraron. Pero la noticia se ha ido apagando con los días. Hay rumores de que cerrarán la empresa y ningún afectado obtendrá recompensa por el daño, lo que causa indignación. Mi vecina sigue trabajando y hasta el momento no ha enfermado de nada. Y los bebés tampoco. Ya les iré informando, pero espero que sucesos como este no se repitan nunca. Mientras, seguiré

conociendo Córdoba y sus alrededores. Me he tranquilizado un poco. Por las mañanas, salgo a caminar y me encuentro a vendedores de gardenias, como las de la canción. Hay días en que el olor a café tostado me acompaña en mi recorrido. Me he creado un ritual, y que consiste en ver al volcán que se llama Citlaltépetl, pensar en ustedes e imaginar que sentirán mi cariño cuando ustedes volteen hacia el Monte Líbano.

Seguiré esperando cartas tuyas. Ansío conocer noticias tuyas y de Beirut, cómo se lleva la paz, si es que algún día la volvemos a encontrar.

Los quiero y extraño mucho. Su hija.

Tina

Ana

Era la cena de Año Nuevo. Por primera vez desde hacía muchos años, la mayoría de los hermanos nos reuniríamos en el rancho de mi mamá que se encuentra a dos horas de la ciudad de Toluca, cerca de las faldas del Nevado.

Somos una familia numerosa. Seis hermanas y cuatro hermanos, de diferentes madres, pero con un padre en común que nos hizo crecer como iguales, sin distingo alguno. Mi padre falleció hace muchos años, podría pensarse que una vez que él ya no estuviera los hermanos dejaríamos de estar unidos. Es común. Pero mi familia funciona de otra manera.

De mi papá, heredamos la fertilidad. El hermano o hermana que menos hijos tiene son tres. Al ser tantos, es casi normal que siempre exista un embarazo en la familia. El siguiente bebé sería el de mi hermana Teresa, como para finales de enero.

El rancho tiene una casa enorme. Junto a la casa hay una bodega que lo mismo sirve para guardar forraje o limón que autos en fiestas como esta. Frente a la bodega, están los corrales y establos para los animales que surten de leche, huevo o forman parte de uno que otro asado en las celebraciones. Construida a principios del siglo pasado, guarda en sus gruesos muros las historias de una familia poco común. Conserva los recuerdos de varias generaciones, tantas historias que merecerían un libro entero.

Lo que sucedió la noche del 31 de diciembre se añade a este rosario de sucesos.

Todos queríamos llegar temprano para ponernos al corriente de las novedades y chismes familiares. Siendo una familia numerosa y dispersa por el país, siempre hay algo que no sabemos o de lo que no nos enteramos a tiempo. A veces ni nos damos cuenta de cómo estacionamos los autos ni de cómo se acomoda cada quién en su cama respectiva.

Mi hermana Teresa, la embarazada, es la que más cerca vive del rancho de mi mamá. Generalmente ella supervisa la cena. Decide quién cocina, qué cocina y da su visto bueno a cuanto platillo se prepara. También decide cuál será la historia más jugosa y, por lo tanto, la que se reservará para compartir una vez que estemos reunidos todos. El suspenso lo va creando desde nuestra llegada. He de decir que a esta cena cualquier persona es bienvenida. Mis amigos y los amigos de mis hermanos desde noviembre reservan un lugar en su agenda para llegar al rancho a finales de diciembre.

Por supuesto, esa noche uno de los temas era la propia Tere y su enorme barriga. Nadie creía que llegaría a su fecha, pero ella insistía en que su ginecólogo jamás se equivocaba. Según las cuentas tenía un mes para preparar la llegada de mi nuevo sobrino. He de confesar que en esta familia una vez que comienza el ciclo de reproducción para cada quién, no paramos y tenemos a nuestros hijos con escasos meses de diferencia. Digamos que a veces ni la cuarentena se respeta, y Tere no era la excepción. Su primer hijo apenas había cumplido un año y era un bebé mimado y consentido, acostumbrado a los brazos de su mamá, huraño como el que más.

Fui de las primeras en llegar. Entre todos nos ponemos de acuerdo para distribuirnos la cena y las bebidas, y cada quién tiene una tarea asignada. Los más pequeños son los encargados de montar y decorar la mesa, por ejemplo, así que nadie se salva de tener alguna ocupación.

Ese año yo llevé los postres y por supuesto el café. Había decidido no complicarme la vida y encargué un pastel en Toluca que otro de mis hermanos traería más tarde. Mis invitados este año eran Tina y Antoine, una pareja de amigos libaneses que como yo vivían en Córdoba. Recién llegados al país, nos habíamos conocido en una comida, en un día triste en el que sucedió la explosión de una fábrica de fertilizantes. Desde ese día, Tina y yo nos hicimos cercanas. Nuestras afinidades iban más allá de ser foráneas en la ciudad cafetalera, o estar casadas con hombres de origen libanés. A medida que nos conocíamos, el cariño crecía. Quería disfrutar con ellos de los paisajes que rodean mi casa de la infancia, y compartir el festejo de Año Nuevo al modo de mi familia.

Teresa estaba en su papel de siempre. Era la sucesora nata de mi mamá. La veía hacer y deshacer desde su lugar favorito para cocinar. Con su bebé en brazos, con el otro creciendo dentro de ella a cada minuto, las ojeras se le iban transformando conforme pasaba el día. La cena se serviría después de sonar las doce campanadas y los abrazos y buenos deseos respectivos, por lo tanto, para esa hora, mis hermanos e invitados ya llevaban la mitad del festejo comido y bebido. Éramos casi cincuenta personas entre familiares y amigos.

Tina y yo no parábamos de comentar la energía que tenía Tere. A pesar de haber estado todo el día preparando, dirigiendo y haciendo cosas para la cena, todavía tenía energía para organizar los bailes de los más pequeños, por supuesto bailando ella también.

Transcurrían las horas y el ánimo de todos disminuía. No todos cabíamos en el rancho de mi mamá, así que otro de mis hermanos que vive cerca, ofreció su casa como dormitorio alternativo. Ese año se había decidido que los niños ocuparan la casa de mi mamá y los adultos se fueran con mi hermano. Yo preferí quedarme con mi mamá para aprovechar el tiempo con ella y mis hermanas, especialmente con Tere con quien hacía mucho no convivía.

A las cinco de la mañana, mi hermana dijo que se sentía muy cansada. Tenía las piernas hinchadas y las ojeras parecían dos gajos de berenjena bajo sus ojos. Por fin había logrado que su hijo de un año se durmiera. El niño no estaba acostumbrado a dormir en ningún lugar más que en su cuna, había sido un triunfo que cerrara los ojos, pero se había quedado tranquilo al lado de mi mamá. A las seis de la mañana era reconfortante oír el canto de los pájaros anunciando el día, y Tere, Tina y yo nos disponíamos a platicar acompañadas de un delicioso café cordobés.

De repente mi hermana dijo que sentía “piquetes en la panza”. Un líquido espeso le empezó a escurrir por las piernas, que las tres sabíamos lo que representaba. Nos miramos con ojos como platos. Volví a preguntar cuál era su fecha de parto y me repitió que fines de enero. Más valía que así fuera porque su doctor estaría en Año Nuevo en Toluca, a dos horas de distancia. Tere intentó tranquilizarnos diciendo que igual era una falsa alarma, estaba en negación total. La fuente se había roto y Tina y yo nos vimos con cara de susto. A cada sorbo de café, mi hermana se iba sintiendo peor, hasta que las contracciones se hicieron repetitivas e intensas. En la casa no había nadie en sus cinco sentidos para ayudarnos. Mi cuñado, nuestros esposos y demás familiares se habían ido con mis hermanos a seguir la fiesta. Sólo estábamos las tres, así que nos llevamos a Tere cargando de “palomita” hasta la bodega para irnos al hospital de su ginecólogo en el pueblito cercano. Mientras yo buscaba las llaves de mi coche, ella le marcó al médico para avisarle que estaba en trabajo de parto y él no se lo explicaba. Le dijo que llegaría lo más pronto posible al hospital. Como yo había llegado temprano, mi coche estaba encerrado por no sé cuantos más. Era imposible moverlo. El más accesible era el de mi hermano al que le había encargado el pastel. Era una camioneta último modelo, con interiores de piel claros y con las llaves puestas.

Tere y Tina se subieron atrás mientras yo temblando arrancaba con rumbo a un sanatorio que no conocía. Los gritos de mi hermana eran tan fuertes como sus dolores. Lo primero que le advertí a Tere es que ni se le ocurriera parir en ese coche nuevo, nuestro hermano nos mataría.

Tina rezaba en cuanto idioma conocía al tiempo que le ordenaba cerrar las piernas con fuerza y prohibía pujar. Tere, por su parte, cuando no gritaba, decía que sólo quería pujar o me guiaba por los caminos que hacía mucho no transitaba. No recordaba que estos caminos fueran tan estrechos y sinuosos. La lujosa camioneta recién estrenada iba dando tumbos y cayendo en hoyos para los que no estaba preparada. ¡Era un concierto! Yo gritando que no me pusieran nerviosa, mi amiga ordenando no pujar, respirar y rezar, y Tere haciendo todo su esfuerzo por contradecirnos. La hora que separaba al pueblito del rancho se me hizo eterna. Llegamos al hospital a las siete y media de la mañana del primero de enero. Estaba cerrado. Por fortuna, casi al mismo tiempo iba llegando el doctor, sudando y temblando porque un camino de dos horas, lo había recorrido en una. Abrió la puerta y entre todos bajamos a mi hermana de la camioneta. El doctor nos dijo a Tina y a mí que seríamos sus asistentes. Como no tenía pacientes programadas, el personal no trabajaría ese día. Nos introdujo al quirófano en donde nos dio instrucciones sobre qué hacer. A la orden de “a ver, ¿qué nunca han visto un nacimiento?”, nos reclamó nuestras caras de susto y empezamos la labor. Tere sólo quería pujar, ya ni siquiera se quejaba tanto del dolor. Apenas acomodada en la camilla, sin haber tenido tiempo de prepararla, así como estaba, vestida para la fiesta, abrió las piernas y casi inmediatamente salió un bebé rojo, pegajoso y tan gritón como su madre en la camioneta.

Tina y yo nos movíamos como luciérnagas alrededor del doctor. Lo primero que hicimos fue felicitarnos entre nosotras como si hubiera sido nuestra hazaña. Tere lloraba de

alegría y pedía que le avisáramos a su esposo y a mi mamá. El doctor respiró tranquilo al ver que había sido un parto sin complicaciones porque sus ayudantes no eran las más profesionales, pero eran las únicas con las que contaba.

A las 8 de la mañana del primero de enero, el nuevo integrante de la familia hizo su incursión en la familia por medio de una llamada telefónica que nadie esperaba, que a todos asombró, pero que fue un motivo más de celebración.

Yo Ana, me convertí en la madrina de ese bebé y desde ese día también Tina y yo nos convertimos en cómplices en muchos proyectos en nuestra vida. ¡Larga vida a lo que recién nació!

La fundación

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú.

Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú.

Donde haya un esfuerzo que todos esquivan, hazlo tú.

Sé tú el que aparta la piedra del camino.

Gabriela Mistral

Si Tina recibía algún regaño desde pequeña, era por ser curiosa. La castigaron y amonestaron por cuestionar una orden de las monjas o de sus padres, un comentario o incluso a algunas personas mayores, a las que según la tradición se debía dirigir siempre con respeto, sin dudar de sus opiniones . Dicen que sus primeras palabras fueron: “¿Y por qué?”, seguidas de un “¿qué más?” o “¿para qué?”. En un principio causaban gracia y después exasperación para el interlocutor, excepto para su Papik, el abuelo que la animaba a debatir y argumentar, a dudar y descubrir.

La inquietud por saber más, por conocer más, por encontrar algo distinto, la había acompañado en los lugares en que había vivido. Ahí donde llegaba, le picaba la curiosidad y se lanzaba a platicar con la señora que vendía flores, con el que hacía artesanía o con el panadero. Así había perfeccionado el francés en Cordes o había aprendido griego en Atenas. Al platicar se le descubría un mundo diferente al suyo. Siempre pensó que cualquier persona

que se cruza en tu camino, tiene algo para enseñarte. No fue diferente cuando llegó a Córdoba.

Cuando aceptó casarse con Antoine, sabía que iría a vivir a un país desconocido para ella. Conocía a personas en Beirut que hablaban de algún familiar que había partido a América o que tenían algún antepasado de este lado del mundo. Su familia no se había extendido más allá del Levante. Dedicó el tiempo de espera para casarse y reunirse con Antoine, entre otras cosas, a escuchar música en español en discos que él le hacía llegar desde donde estuviera, siguiendo una costumbre empezada muchos años atrás entre los dos. Tina aún conservaba los discos que, cuando pequeños, su futuro marido le había obsequiado. Así, con la música, se había familiarizado con un idioma nuevo, pero sin poderlo hablar ni escribir aún. Escribía cartas a los amigos de sus amigos y a los parientes de sus parientes que vivían en México, con la esperanza de encontrar un pedacito del Líbano a su llegada.

Ya en Córdoba y recordando sus días en Atenas, en donde la señora del aseo, su querida Irene, se convirtió en su cómplice para ayudarla a adaptarse, Tina comenzó a hacerle preguntas a Rosita, que era el nombre de la señora que acudía una vez por semana a asear su nueva casa. En un principio Tina pensó que no sería necesaria su ayuda, sólo eran dos personas en un espacio muy pequeño, pero le vino a la mente Irene y lo valioso de su ayuda al inicio de su estancia en Grecia. Rosita tenía un carácter alegre y dicharachero. Tina se dejaba envolver con todo su palabrerío, del que captaba algo. Tina anotaba en una libreta las palabras aprendidas, mismas que eran supervisadas por Antoine al regreso, y muchas veces la lección de español de Tina era también la del esposo.

La comunidad libanesa la recibió con los brazos abiertos. Aunque ellos no tuvieran familiares directos en México, sus parientes en el Líbano, antes de su partida, también

escribieron cartas anunciando su llegada. Estas redes, que establecieron su primer nudo a principios del siglo XX, se siguen tejiendo con la movilidad de estos tiempos y con la comunicación que en estas circunstancias acerca. Las misivas representaban su presentación en este lado del mundo, una salvaguarda para evitar la nostalgia por su país y su familia. Fueron adoptados como primos, tíos o sobrinos de las muchas personas libanesas que habitan las Altas Montañas del territorio mexicano.

En cuanto Antoine avisó en su trabajo que Tina había llegado, las invitaciones a desayunos, comidas o cenas no cesaron en un buen tiempo. Sin embargo, Tina se sintió más en casa cuando fue invitada a tomar café a casa de los padres de Paco, compañero de Antoine. Entonces pudo respirar un poquito del aroma que tan indispensable era para ella, no porque no lo hiciera cada mañana en su casa, sino por sentirse rodeada de personas que tenían algún lazo, aunque fuera remoto, con su país. Estas reuniones que no tenían otro fin que poner una pausa al día. Cualquiera era bienvenido cuando se cruzaban las manecillas del reloj a mediodía a degustar con toda calma una rica taza de café árabe. La preparación y paciencia requeridos para este ritual, son una demostración de cariño para los invitados a esta ceremonia. A estas reuniones también asistía Ana, ella era un motivo más para no perderse la ceremonia cotidiana.

Tina fue creando su propia red. El idioma dejó de ser la barrera que le impedía comunicarse. Sin perder su acento libanés, tejía amistades que le facilitaban su estancia en territorio mexicano. Le causaban un gran interés las similitudes y diferencias entre mexicanos y libaneses, a veces parecía mirar un espejo, y a veces éste no devolvía imagen alguna.

Rosita, mientras trabajaba en casa de Tina, contaba historias sobre niños que iban a escuelas en las que no había baños o que no tenían más que un cuarto mal acondicionado

para recibir una educación que sólo llegaba hasta cuarto de primaria, porque los maestros tenían que dar clase a varios grupos de niños al mismo tiempo, desde enseñar a leer hasta atender a los más avanzados. Pequeños que llegaban sin comer, sin zapatos o con la ropa hecha jirones, y que seguirían yendo a la escuela hasta que la voluntad, el cansancio o el hartazgo de los padres lo permitieran, sin que nadie los motivara a seguir. Bastaba con alejarse unos cuantos kilómetros del centro de la ciudad para ver otras realidades. Tina ya desde su llegada se unía a cuanto colecta se organizaba para apoyar a estas comunidades. La sorprendía que las personas, quizá resignadas al abandono, estuvieran acostumbradas a recibir sin hacer nada por ellas mismas. Mucha de la ropa que llegaba, sobre todo en época navideña, era acaparada por unos cuantos o por el cacique local, para revenderla y hacer un negocio en el que participaban sólo unos cuantos. También la irritaba, que sólo hubiera compromiso una época del año por parte de las personas que se dedicaban a recolectar ropa o dinero, reconocía su trabajo, pero se cuestionaba si para muchas de esas personas, sólo se trataba de cumplir un requisito social y no de una verdadera labor de ayuda, y más que todo, de una colaboración para mejorar las condiciones de las comunidades, con la comunidad involucrada.

Un día Rosita la invitó a festejar el cumpleaños de su mamá en Coscomatepec. Tina se había negado a asistir otras veces, pero esta vez Ana, su amiga, la acompañaría. En el camino, ambas platicaron acerca de las organizaciones a las que apoyaban, compartían ideas sobre lo que cambiarían o mejorarían si dirigieran alguna de ellas. Tina opinaba que hay más compromiso de cuidar lo que se tiene cuando uno se ha esforzado en obtenerlo. Imaginaba que, si podía involucrar a la comunidad en cumplir un propósito, todos cuidarían mejor de ellos mismos. Decía que en este país y sobre todo en esta región, eran afortunados; sin hacer

mucho esfuerzo podías vivir de tu propia cosecha. O que aquí la última guerra había sido hacía cien años, y nadie la recordaba, y menos imaginábamos que pudiera suceder, decía que no había que esperar a que el gobierno hiciera algo por las personas. En su experiencia sólo las personas salvaban personas. No hay más y no hay que esperar a que alguien más lo haga.

En el camino a Coscomatepec observaban las pequeñas comunidades al lado de la carretera, los vendedores de café, miel o mangos, que bajo su tapanco de hojas se confundían con el verde en todas las tonalidades imaginadas y por imaginar de las montañas y los pastizales, en los que el ganado veía pasar el tiempo con la calma de quien no tiene noción del correr del mismo.

La fiesta en casa de la mamá de Rosi fue a lo grande. Todo el pueblo estaba invitado y tan bienvenido era el conocido como el que sólo pasaba por ahí. A Tina le llegaban memorias de su niñez en el Líbano, en donde un festejo individual o familiar se convertía en uno colectivo.

El mole, el guajolote, las gorditas, el agua de horchata, los tamales jarochos, el delicioso pan dulce acompañado de un café de olla, dejaron a las invitadas de Córdoba más que agasajadas. Ana veía a Tina platicar con unos y con otros, preguntaba a qué se dedicaban, qué les hacía falta, qué apoyos recibían. Ella les compartía sus ideas y al parecer no les desagradaban, la dejaban hablar por respeto y con cierta curiosidad por esa señora con un español tan raro. Ana a veces debía traducir sus expresiones o encontrar las palabras que le faltaban a Tina para expresar una emoción. Le brillaban los ojos y casi se podía ver la velocidad a la que giraban sus ideas. Ana sugirió dar un paseo, atardecía y parecía que el cielo teñido de rojos, dorados y anaranjados expresaba el estado de ánimo de su amiga. Con el volcán Citlaltépetl como testigo, Tina expresó que esta comida había servido para saber

por dónde empezar. No se podía hacer todo, sólo se enfocaría en las escuelas. Los papás le habían dicho que ellos la ayudarían en lo que pudieran. Tina se había comprometido a visitar al día siguiente, el lugar en donde acudían a clases los pequeños. Decidieron hospedarse en un hotel cercano, y la noche no representó un descanso para Tina, hizo listas y más listas sobre lo que sería su proyecto. Al amanecer le leyó a Ana su estrategia. Sentadas tomando un café contemplando al volcán, Tina empezó a encomendar tareas. Ana, que había decidido ser su cómplice, terminando el cafecito, sólo asentía mientras se disponía a realizar un “saludo al sol” en su sesión de yoga.

Después de bañarse, acudieron a la cita con los padres de la escuela rural cercana. En su afán de embellecer el lugar, había trastos con plantas, alguno que otro póster de princesas o superhéroes, uno con las letras del abecedario, y mesas y sillas sin armonía alguna. Cada quien era responsable de llevar lo que pudiera de casa. No había baño y la limpieza era escasa. En la reunión también estaba la maestra encargada del grupo, que decía que se podían obtener recursos de la presidencia municipal, sólo había que poner propaganda del partido en un cartel pequeño y no habría problema.

Tina se negó rotundamente a aceptar esta propuesta, si ella iba a ayudar, necesitaba que no estuviera inmiscuido ningún partido político. En contra, requeriría del apoyo de los papás. Ella conseguiría los recursos, para que ellos mismos construyeran lo que se necesitara. Aunque sonrieran, el recelo y la desconfianza estaba presente en los padres de familia. Las promesas llegaban cada vez que alguien de la “ciudad” se acercaba a su comunidad, y cada visitante era una decepción más. Y a pesar de las muchas piedras encontradas en el camino, desde las que ponía la misma comunidad hasta las que ponían las autoridades, o la propia

familia o amistades, de escuchar infinidad de veces las palabras “no se puede”, “estás loca”, “cómo se les ocurre”, “por qué así”. Los inconformes no contaban con la voluntad de Tina.

Cuando comenzaron las reparaciones, Tina quiso que Rosita también estuviera a su lado. Gracias a ella había descubierto este espacio, y serían aliadas por muchos años más. Cuando Tina dio la primera palada para iniciar la primera construcción de una escuela rural, supo que estaba anclando también su vida a este territorio. Supo que estaba realizando algo por y para ella misma. A pesar de que Antoine era francés, la herencia milenaria de la cultura árabe, en la que las mujeres están siempre a la sombra de sus padres o esposos, se manifestaba en él de vez en vez. Pero este era un proyecto en el que creía. Tina creía en ella también y no importaba nadie más. Contaba con mujeres que la secundarían en sus planes y entre todas encontrarían soluciones a los obstáculos del camino. La fundación de Tina, la que quería ser y permanecer, cobijada por las Altas Montañas, ahora unas montañas que le pertenecían también.

Citlaltépetl

Cuenta la leyenda que una vez que Quetzalcóatl cayó en la trampa tendida por Tezcatlipoca, para que se entregara a los placeres mundanos, el sabio sacerdote decidió partir y alejarse debido a la decepción que había causado a su pueblo. Se dice que salió de Tula y se dirigió a Coatzacoalcos, lugar en que murió y se le tributaron honores fúnebres dignos de su persona. Sus restos mortales fueron llevados al punto más alto de la Montaña Ardiente, en donde fueron consumidos por el fuego. Sus cenizas se elevaron, formando una espesa nube que tapó el cielo por cuatro días. Una estrella luminosa apareció en la cima de la montaña y disipó las tinieblas. Parecía ser la señal esperada por los hombres, de que Quetzalcóatl había alcanzado la región de los dioses. Desde entonces, se llamó a esta montaña el Citlaltépetl, o Monte de la Estrella.

Al cumplirse treinta años de su llegada a Córdoba, Tina hacía un repaso de su estancia en México. Más de la mitad de su vida había vivido de este lado del mundo. Se encontraba en una encrucijada en la que debía tomar decisiones que afectarían su futuro y el de su familia. Momento de parar, reflexionar y hacer recuento de estos años, que eran una vida en sí. La escuela en Coscomatepec se había convertido en un refugio para ella, un lugar donde escapar cuando el vendaval de la vida arreciaba y necesitaba guarecerse. La vista hacia el volcán le

recordó su primera impresión al recorrer, a su llegada a Córdoba, las cumbres desde donde se divisan el valle y las montañas, y la fascinación que ejerce sobre ella el Citlaltépetl.

Leyenda o no, tal parece que la montaña fue diseñada por los dioses. Su majestuosidad impresionó a Tina a primera vista. Era 1990 cuando llegó a las Altas Montañas, en la región central del estado de Veracruz. Era febrero, mes en el que igual te encontrabas el camino cerrado por las nubes o el valle descubierta en todo su esplendor. La carretera, en la que no faltaban los accidentes en las cumbres debido a la densa niebla y a las curvas del camino, provocaba que la tensión del viaje se intensificara. Los camiones que transitaban lo hacían a velocidad muy lenta, y rebasar era una aventura a la que nadie se arriesgaba debido a la poca visibilidad en un camino de dos vías.

Tina le pidió a su esposo detenerse a la altura del mirador desde el que se dominaba el valle. Él no veía la pertinencia de hacerlo, pero ella insistió. Las nubes son caprichosas, y tal como vienen se van en un segundo, de tal forma que una vez en el mirador, dejaron que Tina atisbara la belleza del volcán. Nevado y bañado por un leve rayo de sol en la cumbre, parecía que le hacía un guiño de bienvenida.

Las montañas le daban a Tina una especie de certeza, de saberse cuidada y protegida, ánimo para su comienzo en esa nueva etapa.

Y tal como lo hizo el volcán, en un inicio Córdoba apenas si dejaba ver a Tina cómo eran sus habitantes. Las familias de ascendencia libanesa que les dieron la bienvenida, los parientes de los parientes de otros parientes siempre estaban ahí para hacer menos difícil su adaptación. Pero también es cierto que son los propios lazos que uno va creando los que invitan a cultivar las amistades más preciadas. Tina empezó a tejer una primera puntada de

cariño con Ana, y siguió con distintas personas que fue descubriendo por ella misma, y que ayudaron a su adaptación. Córdoba era una ciudad pequeña, con una sociedad cerrada para el foráneo y a la que le costó integrarse a círculos distintos que no fueran a los de ascendencia libanesa, en donde de pronto tuvo tías, tíos y primos por adopción. Aprendió que como en su país, entre sus paisanos aquí también había clanes, y una familia no tenía relación con otra no por problemas religiosos, como solía ser en el Líbano, sino por antecedentes de problemas familiares, que tal vez habrían ocurrido en la época de sus abuelos, pero la animadversión prevalecía a través de generaciones.

Al poco tiempo de haber llegado Tina se enfrentó nuevamente a uno de sus dilemas constantes. Estaba embarazada y las dudas la invadían. ¿Su hijo debía nacer en el Líbano, su patria, o en Francia, la patria de Antoine, o en este nuevo y todavía desconocido país para ella? Pero irse no era opción. Ni por economía ni por el tiempo que estaría separada de su esposo. Así que, con todo y su recelo por este nuevo y a sus ojos pequeño territorio, el bebé sería mexicano: el primer gran lazo con nuestro país. Poco después, con otro hijo el nido se arraigó. Sin embargo, su familia no dejaba de parecer extraña ante los ojos de los demás. Pablo y Miguel, los hijos de Tina, con Antoine hablaban francés, con ella libanés, y en la escuela y con amigos español. Para los amigos de sus hijos, representaban una familia rara, no entendían lo que se hablaba y la forma en que se decía, era una familia escandalosa, que oían música extraña y comían cosas diferentes. Por momentos parecía que discutían, y al segundo soltaban una carcajada. Les llevó tiempo encajar, pero los niños fueron los hilos que tejieron esa red que los cobijaría en su integración a Córdoba.

Y Tina fue descubriendo que quizá en este lugar, sus hijos podrían tener una infancia similar a la suya. Años de arrullo, de rodillas raspadas, de crecer como ella creció en Beirut.

En libertad, en paz, sin más sobresaltos que las noches de desvelo causada por la fiebre de los hijos. Ella tuvo a sus primos, sus hijos tenían a sus amigos que eran su familia por elección.

Las montañas le iban compartiendo sus secretos; los ríos, lagunas y barrancas que rodean la ciudad eran una gran invitación para realizar excursiones en bicicleta, o dar grandes paseos y descubrir vegetación y fauna que no conocía. En el inicio del verano era una delicia para los niños saltar al agua de las lagunas formadas por el deshielo del Citlaltépetl. O hacer una fiesta al aire libre en un bosque con vados, en donde lo mismo hacían competencia para ver quién rodaba más rápido o si la lluvia llegaba como invitada, la fiesta se transformaba en guerras de lodo hasta terminar bañados. O los paseos en bicicleta por senderos en donde las garzas anunciaban la cercanía del río, mientras buscan orquídeas colgantes en los árboles que bordeaban el camino. El magnetismo del olor de la quema del café en los beneficios cercanos o el pan recién horneado en las panaderías rústicas de los alrededores de su casa. El sonido del timbre los fines de semana, en que los amigos de sus hijos pasaban por ellos para recorrer la distancia entre Córdoba y Fortín, con la confianza de saber que no habría problema. Observar a la montaña y sentir que te saluda y te da la certeza de que el mundo es un buen lugar.

Era una ciudad pequeña. Sus habitantes se conocían y se apoyaban al momento de alguna necesidad. El círculo de tías, tíos, primos y amigos se consolidó. Y aunque Tina y su familia regresaban una parte del verano a visitar a sus padres, su vida florecía como una orquídea incrustada al resguardo del volcán.

Veracruz

Abundancia, derroche, humedad, playas lejanas, lunas, montañas, los Zetas, secuestros, Fidel, corrupción, labia, Miguel, voladores, conocimiento, muerte, desapariciones, riqueza, primos, la Bestia, Duarte, abundancia, dinero, migrantes, Lupita, extorsiones, Santa Muerte, ejército, helicópteros, cementerios, embolsados, huachicol, periodistas, mujeres, Enrica, carreteras, PRI, talamontes, aduanas, burocracia, petróleo, autodefensas, narco, CJNG, policías, las Patronas, esperanza, Pablo, deuda, PAN, mafia, cartel, antros, Ana, gastronomía, nepotismo, MORENA, carnaval, fosas clandestinas, embolsados, llanos, cascadas, Enrica, mujeres, El Faunito, zapateado, sicarios, halcones, caballos, los tíos, ranchos, dádivas, elecciones, café, Tina, lagunas, delincuencia, merecer, retenes, Antoine, falsos retenes, linchamientos, carreteras, palmeras, Yayas, sones, los portales, el danzón.

Veracruz es esto y más. Tan rico y pobre. Tan alegre y trágico. Tan merecedor de mejores tiempos.

Moho

El proyecto de construcción de escuelas, iniciado en los primeros diez años del dos mil, coincidía con el inicio de un gobierno estatal que marcaría un antes y después en la historia de Veracruz.

Este estado tiene muchos contrastes que a Tina se le hicieron evidentes al involucrarse con las distintas comunidades de las Altas Montañas. Al alejarse sólo dos kilómetros de la ciudad, podía encontrar realidades completamente diferentes. Las comunidades, sin un proyecto real de crecimiento, estaban acostumbradas a recibir del gobierno lo poco o mucho que les quisieran dar, sobre todo en tiempos de campañas electorales. A cambio de su voto, recibían desde una sombrilla, hasta maíz para sembrar o material para construcción. Suponían que el nuevo gobernador, que creció en la más extrema pobreza, se acordaría de ellos y sus condiciones de vida mejorarían. El “Tío Fide” les proveería trabajo, bienestar, casa, escuela y sustento. De modo que los padres de familia le sugerían a Tina acercarse al presidente municipal de la comunidad o al mismo gobernador, para que su idea se transformara en realidad lo más pronto posible. Por supuesto que, a cambio, una gran foto del señor gobernador adornaría las aulas. Además, no tendría que preocuparse por pintura, pues todo

sería verde, rojo y blanco. Y solamente tendría que invitar a la inauguración al gobernante en turno para cortar un listón y tomarse una foto.

A Tina le parecía absurdo. La recompensa sería inmediata, pero a un precio que no estaba dispuesta a pagar. Sólo quería compromisos con los propios padres o madres de los pequeños, y con los pequeños mismos. Entre todos harían la construcción y cada uno iba a ayudar en lo que pudiera. Ella conseguiría recursos económicos y material para construir. Los contactos empresariales de Antoine o las amistades que tenían en Francia apoyarían con donativos la idea de Tina. Otras fundaciones también la apoyarían con conocimientos e ideas. Tina había descubierto que muchas de estas organizaciones funcionan como una red de apoyo mutuo. Los padres ayudarían a la construcción, la limpieza y el orden. Sin propaganda política, sin alardes ni fotos de lo que se estaba haciendo. La imagen quedaría para el recuerdo privado.

Las reacciones de las familias de la comunidad fueron distintas. Unos dijeron que no, otro a veces sí y a veces no, pero la mayoría se comprometió con el proyecto. También había niños que iban a la escuela todos los días y otros que aparecían de vez en cuando.

En un par de años, Tina ya se había ganado la confianza de muchos de los padres y madres, incluso se le acercaban para platicarle sobre los problemas que les aquejaban. Varias mujeres, solas y con hijos, dependían en lo económico de las remesas que les mandaban de los Estados Unidos. Eran esposas, parejas e hijas que lo mismo esperaban el dinero para la vida diaria, que una cantidad mayor que les permitiera alcanzar a su familia en el extranjero. La mayoría de los que se iban eran varones, pero el número de mujeres con niños que veían su futuro en ese tren que pasaba no lejos de ahí, se incrementaba, a pesar de las trágicas historias que oían. Tina rememoraba tiempos de escape del Líbano, sin dejar de notar la

diferencia de condiciones al hacerlo. Lo que esperaban las comunidades del “Tío Fide”, quedó en la esperanza de siempre, sólo unos pocos iban haciendo alarde de una mejora económica.

Una moto, un celular, personas extrañas que se acercaban ofreciendo dinero a cambio de nada, especialmente a los más jóvenes. Muchachos que partían y de los que no se volvía a saber, dejando a su familia en la incertidumbre total. En comunidades pequeñas y vecinas todos se conocen, por eso les desconcertaba que las mujeres jóvenes tuvieran novios salidos de quién sabe dónde, que, como aves fugaces, aparecían un día y al siguiente volaban. Se empezaba a hablar de grupos con nombre, a designarlos con la última letra del alfabeto. Con el tiempo, se multiplicaron las construcciones en forma de capillas en los caminos, con imágenes de nuevos cultos a las que por la noche se acercaban hombres armados en sus camionetas y parecía rezaban o hacían peticiones. Y si los vecinos del lugar derruían alguna de ellas, no tardaban más de un día en volverla a construir en el mismo sitio, como si marcaran su territorio.

Los caminos por los que Tina se aventuraba, acompañada o sola, comenzaban a estar vigilados por personas ajenas a la comunidad. Se decía, se rumoraba, se imaginaba quiénes eran, pero nadie tenía certeza de nada y tampoco tenían forma de impedir que se asentaran. Las noticias daban cuenta de lo que pasaba en Tamaulipas, pero en Veracruz también sucedía y no se decía nada de los secuestros, extorsiones, asaltos y robos cada vez más frecuentes. A Tina, su familia y amistades le empezaron a sugerir no ir sola, después le pidieron, las mismas comunidades, ya no ir.

Cuando Tina llegó a Córdoba, la humedad en el ambiente y las casas era tema constante de plática. Las recetas para evitar que dañara ropa o muebles eran frecuentes entre

sus conocidos, pero por más precauciones que se tomaran, en algún espacio brotaba moho. La violencia fue creciendo así, sin apenas notarse. Quizá las condiciones estaban dadas y como los hongos, bastó un brote para que las esporas contaminaran la región. No todo el moho es dañino, sin embargo, el negro es letal, se cuela en todas partes y a la fecha no existe remedio alguno para eliminarlo completamente. Siempre se puede estar peor, mucho peor, y el gobierno siguiente aceleró las condiciones para que la descomposición siguiera su curso. Lo que empezó con el “Tio Fide”, apodado también “El Negro”, sigue contaminando y destrozando este estado, esta región, esta montaña.

La llamada

Son las tres de la mañana. El sonido de mensajes de Whatsapp, continuos como uno tras otro, me despiertan. Confundida, me pongo los lentes y entre sueños empiezo a leer:

—¡¡Má!! ¡Rafa no aparece...!

—No saben nada de él desde las 9 de la noche. A mí me dejó en México a la una de la tarde y ya no tuve comunicación con él.

No entiendo. Oigo mis latidos en la cabeza y confundida, me siento en la cama para volver a leer el mensaje y contestar:

—¿Pero tú estás bien? ¿Cómo sabes que no aparece? ¿Quién te avisó?

Rafa es jefe de mi hijo Miguel. Habían viajado por la mañana de Córdoba a México en la camioneta de Rafa, conducida por Manolo, el chofer, para tener una reunión de negocios.

—Sólo te pido que reces. No puedo hablar porque estoy en comunicación con Leticia, su asistente. Ella fue quién me avisó. Tuvimos la junta y el plan era que Rafa y Manolo, se regresaran a Córdoba. Leticia me habló para preguntar en dónde estábamos. No sabían que yo me había quedado aquí en México y no regresé con ellos.

—¿Pero por qué viajaban a esa hora? ¿Cómo supieron?

—¡Má! ¡Sólo reza por fa! ¡No lo sé! La última llamada de Rafa fue para avisar que iba a cruzar la montaña. En cuanto sepa algo más te aviso.

Mil imágenes vienen a mi mente. Siento un golpe en el estómago al dimensionar el suceso. Mi boca seca, sin poder emitir más que extraños sonidos y lloro y lloro sin parar. Y rezó con una devoción que no me sentía capaz de sentir.

Rezo con culpabilidad agradeciendo que Miguel no estuviera en esa camioneta, rezo para que Rafa y Manolo estén vivos, para que regresen bien. Rezo por sus familias y rezo por mí también.

A las seis de la mañana, la única noticia que Miguel me había compartido era que habían encontrado la camioneta, gracias a que llevaba un sistema de detección de vehículos. Chocada, baleada, y sin ocupantes, hacían temer lo peor.

Miguel me pidió que no le marcara cada cinco minutos preguntando. El tiempo me jugaba trampas, pues lo que para mí eran horas, para el reloj sólo habían sido segundos. Al amanecer no resistí más y marqué.

—No se sabe nada —dijo Miguel entre lágrimas.

—Nadie se ha comunicado para pedir rescate. Sí pasan cosas, Má. Lo vemos cada vez más cerca.

Pensé en las comunidades, en las camionetas con las que a veces me cruzaba cuando llevaba materiales, en las personas que con más frecuencia me decían “Doñita, mejor no venga y mande a otra persona...”. Cada vez era más vivo el recuerdo del Beirut de mi

infancia, de cómo empezó la guerra y cómo a la fecha existían códigos de tránsito, que señalaban cuáles eran lugares seguros y cuáles no. Pensé en los jóvenes desaparecidos y en las madres, esposas e hijas que recorrían kilómetro a kilómetro fincas para encontrar a sus seres queridos. Pero en mi país... ¿cuál era finalmente mi país? ¿Ese que le había marcado para alejarse de una guerra civil o este que sin llamar así a lo que vivimos día a día es igual de angustiante, de incierto...?

A las diez de la mañana, Miguel me avisó que ya habían aparecido. Estaban internados en un hospital debido a los golpes recibidos, pero estaban vivos. Yo continuaba rezando, agradeciendo y pensando...

Rafa y Manolo pasaron varios días internados y sedados. Con múltiples fracturas, debían tenerlos en observación y además en el más absoluto anonimato por temor a represalias, por lo que se pidió discreción para tratar el tema.

¿En qué momento aprendimos a decir “por lo menos están vivos”, “sólo se llevaron lo material”, “qué bueno que no pasó a mayores”?

La tranquilidad que por muchos años se había vivido en las Altas Montañas, no existía más. Se comentaban sucesos que sucedían en otros estados o ciudades, tal vez al norte de Veracruz, pero con orgullo se decía que en esta zona no pasaba nada.

Hasta que el motor de un helicóptero parecía taladrar el techo de la casa. Desde ahí observamos cómo bajaban soldados por una escalera para entrar a una casa vecina, porque estaba reportada como casa de seguridad. O después cuando pasaron tanquetas con soldados en las calles de la colonia por las que apenas circulan autos, y más bien son pistas para los niños en bicicleta o para realizar ejercicios matutinos. O hasta que nos reunimos Ana, Emma,

Lupita, Laura y todas las amigas en la cafetería del parque a tomar un café, enfrente del palacio municipal en donde un día antes habían tirado una cabeza humana, y las personas curiosas iban a ver si quedaban rastros de sangre. O tal vez cuando secuestraron a médicos, o a hijos de tus amigos, o al amigo de tu esposo que no tuvo la suerte de regresar con vida. O cuando un domingo cualquiera vas al supermercado y al salir oyes gritos y ruidos que piensas que son cuetes, pero que son un rosario de balas a las tres de la tarde, disparados sin importar ni personas, ni hora, ni a quién le tocara. O historias como la de Rafa, que suceden a diario al cruzar la montaña, no importa si es de día, de tarde o de noche, y estás cercado sin saber ni dónde está el enemigo, ni quién es.

Muchas personas nos dicen, a mi familia y a mí, que tenemos la suerte de que podemos irnos de este país en cualquier momento. ¿Irnos? ¿Más de treinta años viviendo en un país no te hace ciudadano? En el Líbano ya no somos libaneses, somos mexicanos. En México no somos mexicanos, somos libaneses. Dos patrias y ninguna nos reconoce. Aquí nacieron mis hijos, aquí he pasado años tranquilos... no pienso claudicar y huir de nuevo. ¿A dónde podría hacerlo?

Me niego a pensar que la blancura de la cima del Citlaltépetl se siga tiñendo de rojo sangre. Sólo el sol al besarla tiene el derecho a cambiar su color. Me niego a bajar la guardia y permitir que niños de niebla, niñas de sol con estrellas en los ojos, caigan en caminos oscuros. Me niego a huir esta vez en busca de una paz utópica. No la encontraré en ninguna montaña, a menos que la busque dentro de mí.

Esposa de y mamá de

El pacto que Antoine y yo hicimos hace muchos años, se ha cumplido hasta hoy. Hemos cumplido la promesa de acompañarnos por la vida, honrando una amistad que nació en la infancia y que transformamos en familia. Estoy inquieta. No tendría de qué quejarme. Son ya varios años desde nuestra llegada. Mis hijos nacieron en este país por mi decisión. Tengo lazos fuertes con mujeres, casi todas foráneas como yo, que me han dado todo su apoyo para integrarme y no sentir la nostalgia que resuena como un eco en mi corazón. Pero estoy desconcertada. Los niños han crecido. Tuvieron una niñez sin problema alguno y ahora están listos para volar a donde sus decisiones los dirijan. Sin embargo, algo falta. Hay algunas piezas que no acaban de formar el rompecabezas de mi vida. Este país nos ha dado más de lo que nos hubiéramos imaginado, lo que debería bastar para sentirme tranquila. Y me siento en deuda. ¿Con quién, con qué? ¿Conmigo? ¿Con los que me rodean? ¿Con este desarraigo? ¿El pacto se puede modificar, cambiar, terminar?

Me siento paralizada en una burbuja. ¿Qué hay detrás de mis calles de rutina, de mis cafés habituales, de ser mamá de, esposa de, amiga de? La casa por tantos años habitada de risas, juegos, uniformes manchados de lodo, pelotas, fiestas infantiles, se va vaciando, dando paso a nostalgias por lo vivido. El tiempo en que los brazos de mamá eran el mejor remedio

contra caídas, raspones, enojos y frustraciones, ya ha pasado. Antoine y yo seguimos siendo los amigos de siempre, pero los años pasan factura. Él cada vez más absorto en el trabajo o en reuniones a las que no soy convocada, porque son cosas de hombres y las mujeres no tenemos opinión válida, al menos en la comunidad libanesa y todavía en la sociedad mexicana. Estoy agradecida por la paz encontrada en este lugar, por lo que nos ha permitido ser y construir como familia, porque lo que prometimos hace años lo hemos realizado. Pero la paz es un valor cada vez más escaso en el exterior, y a veces es difícil encontrarla en uno mismo.

¿Es suficiente con ser la esposa de Antoine y la mamá de Pablo y Miguel? ¿Y Tina? ¿Qué es lo que sigue en el camino?

Miro la montaña esperando las respuestas que necesito. De niña el monte Líbano en el horizonte era mi refugio para cuanto travesura, idea, confidencia o hasta dolor me guardara. Las ramas de los árboles me susurraban que existen otras veredas y me proponían posibilidades en donde sembrar otros sueños, otras realidades.

¿Me siento así porque es diciembre? La añoranza de la familia flota como la neblina que me rodea. Saber que otro año más no podremos ir a Beirut a celebrar las fiestas con mis papás me agita las emociones. Aunque hablo con ellos casi a diario, necesito el abrazo de los que habitan en lo profundo del corazón. Quizá sea el momento de ser la hija de y traerlos a vivir conmigo.

La luz y la sombra

Partimos para no ver a nuestros padres envejecer, para no advertir las marcas del tiempo en sus rostros. Partimos para anunciarles a los que amamos que aún los amamos, que la distancia no puede asombrarnos y que el exilio puede ser tan dulce y fresco como la patria. Partimos para que al regresar un día, nos reconozcamos como exilados donde quiera que estemos. Partimos para borrar la diferencia entre aire y aire, agua y agua, cielo e infierno. Nada nos importa el tiempo, contemplamos la inmensidad, vemos olas brincando como niños, mientras el mar refluye entre dos barcos: uno que parte y el otro hecho de papel en manos de un niño.

Joumana Haddad

No hay luz sin sombra. He vivido casi la mitad de mi vida en Córdoba, y a pesar de haber echado raíces a las faldas del Citlaltépetl, me siento más libanesa que nunca. Como si con la edad volviera a la infancia y a mi patria de nacimiento. La nostalgia por mis padres y por tenerlos lejos me inquieta. Cada regreso a Beirut noto las marcas del paso del tiempo, las quejas disimuladas, los dolores evidentes. Cada vez ponen más pretextos para viajar a México también. Entiendo que el trayecto es muy largo, y viajar se hacía más complicado para dos personas mayores. Ya no es momento de que viajen, vivan, mueran solos. Mis hermanos están dispersos por el mundo. Omar en Francia, Hakim en Alemania y Farid en España. Cada hijo en un país diferente. Es cierto que los tres están a menos lejos, pero como la única mujer,

me siento responsable, más cercana para cuidar a mis padres. Ante mis hermanos, quieren dar la apariencia de una fortaleza y salud que todos saben se va haciendo precaria, pero sólo conmigo se permiten mostrarse vulnerables, su única hija mujer.

Ni el Líbano ni el mundo era el que conocían, el que conocíamos. A pesar de que una persona los cuida y se hace cargo de las labores del hogar en Beirut, y mis tíos y primas están al pendiente de ellos, los quiero cerca, los necesito conmigo. Será que es lo que sigue en la vida, pero con más frecuencia que nunca he acudido a funerales por la muerte de algunos de los padres de mis amigos. Un trance que tarde o temprano tiene que suceder, pero no siempre la razón y el sentimiento están en el mismo lugar. Soy muy afortunada de tenerlos vivos todavía y no quiero perder tiempo en dolorosas distancias. ¿Pero cómo convencerlos de venir a vivir a México si hay días en que yo me sigo sintiendo extranjera? ¿Cómo alejarlos del *Bled*? Mis hijos ya partieron de casa, en busca de su propia historia. Quedamos Antoine y yo, y ya sea por trabajo o por decisión, nuestros horarios sólo coinciden los fines de semana. Ahora entiendo más que nunca a mis padres, y agradezco que respaldaran mis decisiones, aún a costa de su inconformidad. La distancia entre Córdoba y Beirut es de miles de kilómetros, pero espero convencerlos y que me acompañen al regreso del verano.

Sabía que mamá estaría de acuerdo. A sus ochenta años tiene una energía renovada y unas ansias por conocer el mundo que no tuvo en su juventud. Me confesó que tiene la maleta lista para cuando yo decida. Papá es otra historia. Cada vez que toco el tema muestra un enojo explosivo o un mutismo de días. El último verano que estuve en Beirut, las discusiones de sobremesa se hicieron eternas y lo que menos quiero es pelear. Las visitas al cardiólogo, que recomendaba que no estuvieran solos, debido a la edad y al padecimiento coronario de papá, eran también un motivo de disgusto. Yo apelaba al lazo padre e hija, a rememorar las veces

que fuimos cómplices en el exilio, y alababa tanto las maravillas de Córdoba que temía crear falsas expectativas en él.

El verano siguiente, mamá nos convocó a una reunión familiar. Había pedido a mis hermanos que estuvieran con sus esposas e hijos presentes. Quiso hacer una gran fiesta por su cumpleaños, y todos pudimos llegar a tiempo. Fue una gran celebración que nos recordó a todos nuestros tiempos más felices. Al día siguiente, papá me pidió que lo llevara en el auto a recorrer Beirut, el de mi niñez, uno del que sólo quedaban vestigios o ya no existía. Aquel Beirut esplendoroso de los años de su juventud, el que le gustaba recordar, y del que parecía que lo único que no cambiaba era el Mediterráneo o sus montañas. Me pidió que lo llevara a visitar a los pocos amigos que aún tenía y que, así como él, vivían de sus recuerdos. Entendí que se estaba despidiendo de ellos y que estaba dispuesto a cruzar el mundo conmigo. Me estaba haciendo un gran regalo.

Sorprendida, agradecida y temerosa a la vez, mamá y yo comenzamos a empacar sus pertenencias, pero ¿cómo se llevan más de ochenta años? Se pueden trasladar físicamente, aunque hay muchas otras cosas que son imposibles de mover. Migrar descoloca siempre y todos en esta familia lo hemos vivido. La experiencia no era nueva para nadie, y por más feliz que yo estuviera, también temía a lo que enfrentaría. Papá ya no es joven, las emociones o aventuras de las primeras veces, no representaban para él ilusión alguna. Estaba listo para el final, y esperaba que fuera en su amado Líbano. Mas el cansancio, los años, obligan a ceder en las batallas, se había rendido. Viajaría a México a vivir en una casa que no era la suya, donde se hablaba un idioma distinto, en un país que no le pertenecía. Fue desgarrador despedirse de sus hijos y nietos, de sus parientes, de sus calles, su hogar, su paisaje materno.

Estaba dispuesto obsequiarme el tiempo que quedaba en México, y él sabía que no habría regreso.

¿Cómo te doy mis ojos para que aprendas a ver otras montañas en mi patria adoptiva?
¿Cómo te explico que se puede vivir dividida entre dos territorios?

Fueron sólo unos pocos meses. No hubo tiempo para celebrar tu llegada, para mostrarte en lo que me han convertido estas montañas, de enseñarte mi vida, mis amigos, las escuelas. Me regalaste tu tiempo, tus historias, tus palabras. Hasta que el reloj se detuvo.

Las luces y la sombra. La alegría y la tristeza. El principio y el fin. Regreso al *bled* con el alma rota. Ahora sé que hay cosas que se deben quedar a donde pertenecen, y tu corazón pertenece, como los cedros milenarios, a tu añorado Monte Líbano.

Una amiga más

Al igual que Tina, habito en la región conocida como las Altas Montañas de Veracruz, en donde el Citaltépetl es el rey. Compartimos año de nacimiento y fecha de llegada a residir en este lugar de México, hace casi treinta años ya. Mi migración, si es que se le puede llamar así, fue dentro del mismo país. Parecerá exagerado, pero en un México tan extenso y con tantos regionalismos también, la integración a un nuevo estado entraña siempre cierta dificultad. Como Tina dice, migrar descoloca.

He tenido la fortuna de conocer desde pequeña a personas de otros países. Cada una con sus arraigos y resistencias para adaptarse o no al país al que llegan. Cada cual con sus razones para emigrar.

Es cierto que existen migraciones más amables que otras. Hay partidas por decisión propia en busca de lo que cada uno pretenda, pero las hay que son obligadas por un entorno violento, como la guerra. De la guerra se podrá escribir, filmar o incluso jugar a ella cuando pequeños, pero nadie sabe lo que es vivirla más que los que la han sufrido. De Tina, la que existe en realidad, como de muchos otros sobrevivientes a cualquier conflicto bélico, me admira la capacidad de aprender a vivir con esa experiencia. El trabajo social que Tina realiza

en esta región, es más un trabajo para ella misma. La construcción de escuelas en comunidades que sólo son vistas cuando conviene a las autoridades, es también la construcción de Tina, la persona. Los demás ayudan a sanar sus propias heridas. Un trabajo individual que la lleva a encontrar paz, aún en un entorno cada vez más riesgoso como lo es esta región. Con cada ladrillo puesto o a cada palada de cal, sabe que sólo nos tenemos a nosotros mismos para construir otras realidades.

¿Por qué escribir estos relatos? Desde pequeña tengo una extraña fascinación por la cultura árabe. Si creyera en reencarnaciones pensaría que en alguna otra vida he vivido en Andalucía y que tuve el privilegio de ver a La Alhambra en su época de esplendor. Nada más lejos que las Altas Montañas en Veracruz, pero Tina me conecta con ese anhelo. Aprender de su historia y de su capacidad de reconstruirse a pesar del entorno, o de su trabajo en las escuelas de las comunidades con el fin de fortalecerlas, es en mi opinión dar herramientas para intentar, en lo posible, mejorar las condiciones de sus habitantes. Conocer su historia y la de otras mujeres con las que he o hemos tejido lazos de amistad y complicidad, teniendo como fondo el Citlaltépetl, me llevó a imaginar estos relatos, con una dosis de realidad, esa que inevitablemente nos acecha siempre.

Ninguna sabemos si permaneceremos en este lugar del mundo. Estos relatos quedarán como una pequeña huella de nuestro caminar entre pinos y orquídeas, de nuestros atardeceres observando las montañas, entre pláticas y recuerdos, siempre acompañados de una deliciosa taza de café.

Epílogo/ Relevancia profesionalizante

A lo largo de la investigación realizada para escribir “Del Monte Líbano al Citaltépetl”, fueron numerosas las lecturas realizadas sobre la migración y su impacto en la vida de mujeres y niños, especialmente. Por supuesto que no todas las migraciones son iguales. A veces son motivos externos los que empujan a tomar esta decisión, como la guerra o distintos tipos de violencia, o migrar es una decisión razonada por cuestión laboral o de estudios. Migraciones más o menos afortunadas. La obra de autores como Juan Pablo Villalobos con *Yo tuve un sueño*, o Valeria Luiselli con *Los niños perdidos: un ensayo en cuarenta preguntas*, ambos autores narrando mediante testimonios de niños que intentan llegar a los Estados Unidos sin la compañía de un adulto, me permitió conocer las vicisitudes a las que se enfrentan los menores viajando solos. Pero también la obra de mujeres como Rose Mary Salum, de nacionalidad mexicana, o Azahara Palomeque, nacida en España, que también migraron al país del norte por diversos motivos, y que también han enfrentado, según lo mencionan en su obra, las consecuencias de vivir en un país que no es el suyo.

La migración no se detiene, y para entender los motivos y construir un diálogo con las diversas posturas que existen sobre el tema, estoy preparando un taller sobre literatura y migración de mujeres y niños. La selección de los textos está en proceso, pero existe una

amplia gama de autoras contemporáneas, principalmente, que propongo difundir. En el taller, se incluirán entrevistas con personas que han migrado a otros lares, que trabajan en los albergues para niños en los Estados Unidos, o que migraron a nuestro país.

Mostrar tantas aristas del tema como sea posible, e ir más allá de las noticias o titulares de periódicos, con el propósito de entender que la migración no se va a detener, que todos formamos parte de este proceso y quizá a través de la literatura, logremos entender a otros.